

Margaret Oliphant

La Puerta
Abierta



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA PUERTA ABIERTA

MARGARET OLIPHANT

**PUBLICADO: 1882
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA PUERTA ABIERTA

Tomé la casa de Brentwood a mi regreso de la India en 18—, como alojamiento provisional para mi familia mientras encontraba un hogar definitivo. Reunía muchas ventajas que la hacían especialmente apropiada. Estaba a poca distancia de Edimburgo, y mi hijo Roland, cuya educación había sufrido bastantes lagunas, podía ir y volver al colegio cada día, lo cual se consideraba más beneficioso para él que marcharse del todo o quedarse siempre en casa con un preceptor. La primera de estas soluciones me habría parecido preferible a mí; la segunda era la que defendía su madre. El médico, como hombre sensato, tomó el camino del medio. «Que monte a su pony y que vaya cada mañana al instituto;: le hará todo el bien del mundo», dijo el Dr. Simson; «y cuando el tiempo sea malo, ahí está el tren.» Su madre aceptó esta solución con más facilidad de lo que yo habría esperado, y nuestro muchacho de cara pálida, que jamás había conocido otro estimulante que el de Simla, comenzó a enfrentarse a las brisas vivaces del Norte en la templada severidad del mes de mayo. Antes de las vacaciones de julio ya teníamos la satisfacción de verle adquirir algo del color tostado y rubicundo de sus compañeros de colegio. El sistema inglés no gozaba de gran favor en Escocia por aquel entonces. No había ningún pequeño Eton en Fettes; y tampoco creo que, de haberlo habido, un exótico de alcurnia de ese tipo hubiera tentado a mi esposa ni a mí. El muchacho nos era doblemente precioso por ser el único que nos quedaba de muchos; y creíamos que era de constitución frágil y de sensibilidad muy profunda. Mantenerlo en casa y enviarlo al colegio al mismo tiempo — combinar las ventajas de ambos sistemas — parecía ser todo lo que se podía desear. Las dos niñas encontraron también en Brentwood cuanto pudieran necesitar. Estaban lo bastante cerca

de Edimburgo para tener maestros y lecciones en la cantidad que requería esa educación interminable que los jóvenes parecen necesitar hoy en día. Su madre se casó conmigo siendo más joven que Agatha, ¡y me gustaría verlas superar a su madre! Yo mismo no tenía más de veinticinco años en aquella época —una edad a la que veo a los jóvenes de ahora andar a tientas, sin saber qué van a hacer con sus vidas—. Sin embargo, supongo que cada generación tiene tal concepto de sí misma que se eleva, a sus propios ojos, por encima de la que viene después.

Brentwood se alza en aquella ladera espléndida y rica —una de las más fértiles de Escocia— que se extiende entre las colinas Pentland y el estuario. En los días despejados se podía ver el reflejo azul —como un arco tendido, abrazando los campos ubérrimos y las casas dispersas— del gran estuario a un lado, y al otro las cimas azules, no colosales como las que estábamos acostumbrados a ver, pero lo bastante elevadas para todas las glorias de la atmósfera, el juego de las nubes y los suaves reflejos que dan a un país de colinas un interés y un encanto que nada más puede igualar. Edimburgo —con sus dos alturas menores, el Castillo y Calton Hill, sus agujas y torres asomando entre el humo, y Arthur's Seat echado detrás como un centinela que ya no tiene mucha necesidad de serlo, reposando junto a la ciudad bien amada que ahora es, por así decir, capaz de cuidarse sola— quedaba a nuestra derecha. Desde el césped y las ventanas del salón podíamos ver todas estas variedades del paisaje. El color era a veces un tanto frío, pero otras veces tan animado y lleno de vicisitudes como un drama. Nunca me cansaba de él. Su color y su frescura revivían los ojos que se habían fatigado de llanuras áridas y cielos abrasadores. Era siempre alegre, fresco y lleno de sosiego.

El pueblo de Brentwood quedaba casi bajo la misma casa, al otro lado del pequeño y profundo barranco por el que un arroyo —que habría debido ser un río pequeño, encantador, silvestre y juguetón— discurría entre sus rocas y sus árboles. El río, como tantos otros de aquella comarca, había sido sacrificado en su primera vida a la industria, y estaba ennegrecido por la fabricación de papel. Pero esto no mermaba tanto nuestro disfrute de él como he visto que ocurre con otros cursos de agua. Quizás nuestra corriente era más rápida; quizás estaba menos obstruida por suciedad y desperdicios. Nuestra orilla del barranco era de un pintoresco accidentado y estaba cubierta de hermosos árboles, entre los cuales serpenteaban distintos senderos hasta la

ribera y hasta el puente del pueblo, que cruzaba el arroyo. El pueblo se hundía en el fondo de la hondonada y ascendía, con casas de lo más prosaico, por el otro lado. La arquitectura rural no prospera en Escocia. Las pizarras azules y la piedra gris son enemigas declaradas de lo pintoresco; y aunque no me disgusta, por mi parte, el interior de una vieja iglesia tallada y con galerías, con sus pequeños aposentos familiares por todos lados, la caja cuadrada del exterior, con su pequeña aguja que parece un asa para levantarla, no mejora el paisaje. Con todo, un conjunto de casas a distintas alturas, con retazos de jardín entremezclados, un seto con ropa puesta a secar, la entrada de una calle con su sociabilidad rural, las mujeres en sus puertas, el lento carro que avanza pesadamente, da un centro al paisaje. Era alegre de contemplar y conveniente en cien aspectos. Para nuestro propio disfrute teníamos paseos en abundancia, siendo el barranco siempre hermoso en todas sus fases, ya estuvieran los bosques verdes en primavera o rojizos en otoño. En el parque que rodeaba la casa se hallaban las ruinas de la antigua mansión de Brentwood —una casa mucho más pequeña e insignificante que el sólido edificio georgiano que habitábamos—. Las ruinas eran pintorescas, sin embargo, y daban prestancia al lugar. Incluso nosotros, que no éramos más que inquilinos temporales, sentíamos una vaga satisfacción ante ellas, como si de algún modo nos confirieran cierta importancia. El viejo edificio tenía los restos de una torre —una masa indistinguible de mampostería, cubierta de hiedra—, y los fragmentos de muros adosados a ella estaban medio rellenos de tierra. Nunca los había examinado de cerca, lo confieso con cierta vergüenza. Había una sala grande, o lo que había sido una sala grande, con la parte inferior de los ventanales aún en pie, en el piso principal, y debajo otros ventanales perfectamente conservados, aunque medio cegados por la tierra caída y agitados por un crecimiento silvestre de zarzas y toda suerte de plantas espontáneas. Era aquella la parte más antigua de todo el conjunto. A poca distancia había algunos fragmentos de construcción del todo vulgares y desconectados, uno de los cuales inspiraba cierta melancolía precisamente por su vulgaridad y la ruina absoluta que mostraba. Era el extremo de un hastial bajo, un trozo de muro gris todo incrustado de líquenes, en el que había una puerta corriente. Probablemente había sido una entrada de servicio, una puerta trasera, o bien el acceso a lo que en Escocia se llaman «las dependencias». De esas dependencias no quedaba nada a lo que entrar —despensa y cocina habían desaparecido por completo—, pero ahí estaba el vano de la puerta, abierto y vacío, libre para todos los

vientos, para los conejos y para cualquier criatura silvestre. Me llamó la atención la primera vez que fui a Brentwood, como un melancólico comentario sobre una vida que había concluido. Una puerta que no llevaba a ningún sitio —cerrada en otro tiempo, quizás, con solícita cautela, atrancada y guardada, y ahora desprovista de todo significado—. Me impresionó, lo recuerdo, desde el primer momento; así que tal vez pueda decirse que mi mente estaba dispuesta a concederle una importancia que nada justificaba.

El verano fue un período de descanso muy dichoso para todos. El calor de los soles de la India aún nos corría por las venas. Nos parecía que nunca podríamos saciarnos de la verdura, el rocío y la frescura del paisaje del norte. Incluso sus nieblas nos resultaban agradables, pues nos sacaban toda la fiebre del cuerpo y nos infundían vigor y vigor renovado. En otoño seguimos la moda de la época y nos fuimos a buscar el cambio que en absoluto necesitábamos. Fue cuando la familia se instaló para el invierno, cuando los días eran cortos y oscuros y el rigor de las heladas se adueñaba de todo, cuando ocurrieron los sucesos que me dan derecho, y solo ellos, a irrumpir en el mundo con mis asuntos privados. Estos sucesos fueron, no obstante, de carácter tan singular que espero que mis inevitables referencias a mi propia familia y a mis acuciantes intereses personales merezcan un perdón general.

Yo estaba ausente en Londres cuando comenzaron estos hechos. En Londres, un viejo indio se sumerge de nuevo en los intereses a los que ha estado vinculada toda su vida anterior, y se encuentra con viejos amigos a cada paso. Había estado circulando entre media docena de ellos —disfrutando del regreso a mi vida anterior en la sombra, aunque tan agradecido en lo sustancial de haberla dejado atrás—, y había dejado de recoger algunas de mis cartas de casa, entre las visitas a la finca del viejo Benbow en el campo de viernes a lunes, y la parada de vuelta para cenar y dormir en casa de Sellar y echar un vistazo a los establos de Cross, lo cual ocupó otro día entero. Nunca es prudente dejar pasar las cartas. En esta vida transitoria, como dice el libro de oraciones, ¿cómo puede uno estar seguro de lo que va a ocurrir? Todo iba bien en casa. Sabía exactamente —o eso creía— lo que me dirían: «El tiempo ha sido tan bueno que Roland no ha cogido el tren ni una sola vez, y disfruta del paseo a caballo como de nada en el mundo.» «Querido papá, no olvides nada, tráenos esto y esto otro» —una lista tan

larga como mi brazo—. ¡Queridas niñas y amadísima madre! Por nada del mundo habría olvidado sus encargos ni extraviado sus cartitas, por todos los Benbows y todos los Crosses del mundo.

Pero yo confiaba en la paz y el sosiego de mi hogar. Al volver al club, sin embargo, me esperaban tres o cuatro cartas, en algunas de las cuales advertí el «urgente», «inmediato», que la gente anticuada y la gente ansiosa sigue creyendo que influirá en correos y acelerará la llegada del correo. Estaba a punto de abrir una de ellas cuando el portero del club me trajo dos telegramas, uno de los cuales, me dijo, había llegado la noche anterior. Abrí, como era de esperar, el último primero, y esto fue lo que leí: «¿Por qué no vienes ni contestas? Por el amor de Dios, ven. Está mucho peor.» ¡Menudo rayo caído sobre la cabeza de un hombre que no tiene más que un hijo, y ese hijo la luz de sus ojos! El otro telegrama, que abrí con manos que temblaban tanto que perdí tiempo con las prisas, decía algo muy parecido: «Sin mejoría; el médico teme fiebre cerebral. Te llama día y noche. Que nada te detenga.» Lo primero que hice fue consultar los horarios para ver si había alguna forma de salir antes que con el tren nocturno, aunque bien sabía que no la había; y luego leí las cartas, que me daban, ¡ay!, con demasiada claridad todos los detalles. Me decían que el muchacho llevaba un tiempo pálido, con cara de espanto. Su madre lo había notado antes de que yo me marchara de casa, pero no quiso decir nada para no alarmarme. Ese aspecto había ido en aumento día a día; y pronto se observó que Roland llegaba a casa al galope tendido a través del parque, el pony jadeante y cubierto de espuma, y él mismo «blanco como el papel», pero con el sudor corriéndole por la frente. Durante mucho tiempo había resistido todo interrogatorio, pero al fin había mostrado unos cambios de humor tan extraños —una reluctancia a ir al colegio, el deseo de que le fueran a buscar en berlina por las noches —lo cual era un lujo ridículo—, una resistencia a salir a los jardines, y sobresaltos nerviosos ante cualquier ruido— que su madre había insistido en una explicación. Cuando el muchacho —nuestro Roland, que nunca había sabido lo que era el miedo— comenzó a hablarle de voces que había oído en el parque y de sombras que se le habían aparecido entre las ruinas, mi esposa le metió sin más en cama y mandó llamar al Dr. Simson, que era, naturalmente, lo único que cabía hacer.

Me apresuré a partir aquella misma tarde, como puede suponerse, con el corazón en un puño. Cómo pasé las horas que faltaban para la salida del

tren, no sabría decirlo. Todos debemos agradecer la rapidez del ferrocarril en momentos de angustia; pero haberme lanzado a una silla de posta en cuanto hubieran enganchado los caballos habría sido un alivio. Llegué a Edimburgo muy temprano, en la oscuridad del amanecer invernal, y apenas me atreví a mirar al hombre a quien le pregunté jadeando: «¿Qué noticias hay?» Mi esposa había enviado la berlina a buscarme, lo cual concluí, antes de que el hombre hablara, que era mal señal. Su respuesta fue aquella respuesta estereotipada que deja tan salvajemente libre la imaginación: «Igual que siempre.» ¡Igual que siempre! ¿Qué podía significar eso? Los caballos me parecían arrastrarse por el largo y oscuro camino del campo. Al atravesar el parque al trote, me pareció oír a alguien gimiendo entre los árboles, y apreté el puño contra él —quienquiera que fuese— con furia. ¿Por qué habría dejado aquella estúpida mujer de la verja entrar a alguien que perturbara la tranquilidad del lugar? De no haber tenido tanta prisa por llegar a casa, creo que habría detenido el coche y habría bajado a ver qué vagabundo era ese que se había colado y había elegido mi finca —¡con mi hijo enfermo!— para gruñir y gemir. Pero en cuanto a la lentitud no tenía motivo de queja. Los caballos volaron como el rayo por el camino de entrada y pararon ante la puerta todos jadeantes, como si hubieran corrido una carrera. Mi esposa estaba esperándome en el umbral, con la cara pálida y una vela en la mano que la hacía parecer aún más pálida mientras el viento agitaba la llama. «Está durmiendo», dijo en un susurro, como si su voz pudiera despertarle. Y yo respondí, cuando pude encontrar mi voz, también en un susurro, como si el tintineo de los arreos del caballo y el ruido de sus cascos no hubieran sido mucho más peligrosos. Me quedé un momento en los escalones con ella, casi con miedo a entrar, ahora que estaba allí; y me pareció que veía sin reparar —si se me permite decirlo así— que los caballos no querían dar la vuelta, aunque sus cuadras estaban en esa dirección, o que los mozos no querían. Estas cosas se me ocurrieron después, aunque en aquel momento yo no era capaz de nada que no fuera hacer preguntas y escuchar el estado del muchacho.

Le contemplé desde la puerta de su cuarto, pues teníamos miedo de acercarnos para no perturbar aquel sueño bendito. Tenía el aspecto de un sueño verdadero, no el letargo en el que mi esposa me contó que a veces caía. Me lo contó todo en la habitación contigua, que comunicaba con la suya, levantándose de vez en cuando e yendo a la puerta de comunicación; y en todo ello había mucho que resultaba muy desconcertante y perturbador. Al pare-

cer, desde que comenzó el invierno —desde que oscurecía temprano y la noche había caído antes de su regreso del colegio—, había estado oyendo voces entre las ruinas: al principio solo un gemido, según decía, que asustaba al pony tanto como a él, pero poco a poco una voz. Las lágrimas me corrían por las mejillas a mi esposa al describirme cómo él se incorporaba de golpe en la cama de noche y gritaba: «¡Oh, mamá, déjame entrar! ¡Oh, mamá, déjame entrar!», con una angustia que le desgarraba el corazón. ¡Y ella sentada allí todo el tiempo, deseando solo hacer cuanto pudiera desear su corazón! Pero aunque trataba de tranquilizarle, diciéndole: «Estás en casa, cariño. Aquí estoy yo. ¿No me reconoces? Aquí está tu madre», él no hacía más que mirarla fijamente y al cabo de un momento se volvía a incorporar con el mismo grito. Otras veces estaba perfectamente razonable, dijo ella, preguntando con ansia cuándo volvería yo, pero declarando que tendría que acompañarme en cuanto lo hiciera, «para dejarles entrar». «El médico cree que su sistema nervioso habrá sufrido una conmoción», me dijo mi esposa. «¡Oh, Henry! ¿No será que le hemos exigido demasiado con sus estudios a un niño tan delicado como Roland? ¿Y qué significan los estudios comparados con su salud? Incluso tú darías poco valor a los honores y los premios si le perjudicaran.» ¡Incluso yo!, como si fuera un padre desnaturalizado que sacrificaba a su hijo a su ambición. Pero no quise aumentar su pena haciendo ningún comentario. Al cabo de un rato me convencieron de que me tendiera, descansara y comiera, cosas ninguna de las cuales había sido posible desde que recibí sus cartas. El simple hecho de estar allí era ya de por sí una gran cosa; y cuando supe que podían llamarme en un instante, en cuanto él despertara y me necesitara, me sentí capaz, incluso en la oscura y fría penumbra de la madrugada, de echar una o dos horas de sueño. Lo cierto es que yo estaba tan extenuado por la tensión de la angustia, y él tan tranquilizado y consolado al saber que yo había llegado, que no me despertaron hasta la tarde, cuando la penumbra había vuelto a instalarse. Quedaba justa luz para ver su cara cuando fui a verle; y ¡qué cambio en quince días! Estaba más pálido y demacrado, me pareció, que en aquellos días terribles en la llanura antes de que partiéramos de la India. Su cabello me pareció largo y lacio; sus ojos eran como llamaradas de luz que sobresalían de su cara blanca. Me tomó la mano con un apretón frío y trémulo e hizo señas a todos de que se marcharan. «Marchaos, mamá también», dijo. Esto llegó al corazón de ella, pues no le gustaba que ni siquiera yo tuviera mayor confianza del muchacho que ella; pero mi esposa jamás ha sido una mujer que

piense en sí misma, y nos dejó solos. «¿Se han ido todos?», preguntó él con ansiedad. «No me dejaban hablar. El médico me trató como si fuera un imbécil. Tú sabes que no soy un imbécil, papá.»

—Sí, sí, hijo mío, ya lo sé. Pero estás enfermo, y el reposo es tan necesario. No solo no eres un imbécil, Roland, sino que eres sensato y lo entiendes. Cuando estás enfermo debes privarte de cosas; no puedes hacer todo lo que harías estando bien.

Agitó la mano flaca con una especie de indignación.

—Pues entonces, padre, no estoy enfermo —exclamó—. ¡Oh, yo pensaba que cuando vinieras no me lo impedirías, que verías la lógica de todo esto! ¿Qué creéis que me pasa a todos? Simson está bien; pero es solo un médico. ¿Qué crees que me pasa? Yo no estoy más enfermo que tú. Un médico, claro, cree que estás enfermo en cuanto te mira —para eso está— y te mete en cama.

—Que es el mejor sitio para ti ahora mismo, muchacho.

—He tomado una decisión —exclamó el chiquillo—: aguantar hasta que volvieras a casa. Me dije: no voy a asustar a mamá ni a las niñas. Pero ahora, padre —añadió incorporándose casi de un salto en la cama—, no es una enfermedad: es un secreto.

Brillaban sus ojos con tal intensidad, tenía la cara tan sacudida por la emoción, que el corazón se me encogió en el pecho. Solo podía ser fiebre lo que le causaba eso, y la fiebre había sido tan fatal. Le atraje hacia mí para volver a meterle en cama.

—Roland —le dije, siguiéndole la corriente al pobre niño, que era el único modo—, si vas a contarme este secreto para que sirva de algo, sabes que tienes que estar muy tranquilo y no agitarte. Si te agitas, no te dejaré hablar.

—Sí, padre —dijo el muchacho. Se calmó al instante, como un hombre, como si lo comprendiera perfectamente. Cuando le hube tendido de nuevo sobre la almohada, me miró con aquella expresión agradecida y dulce con que los niños enfermos a uno le rompen el corazón, y los ojos se le humedecieron en su debilidad.

—Estaba seguro de que en cuanto estuvieras aquí sabrías qué hacer —dijo.

—Claro que sí, hijo mío. Ahora quédate quieto y cuéntalo todo como un hombre.

¡Pensar que le estaba mintiendo a mi propio hijo! Pues solo lo hacía por seguirle la corriente, creyendo que al pobre crío se le había trastornado la cabeza.

—Sí, padre. Padre, hay alguien en el parque... alguien al que han tratado muy mal.

—Vamos, vamos; ya sabes que no debe haber agitación. Bueno, ¿quién es ese alguien, y quién le ha maltratado? Pronto pondremos fin a eso.

—¡Ah! —exclamó Roland—, pero no es tan sencillo como crees. No sé quién es. Es solo un grito. ¡Oh, si pudieras oírle! Se me mete en la cabeza mientras duermo. Le oí con toda claridad, y ellos creen que estoy soñando, o delirando, quizás —dijo el muchacho, con una sonrisa de desdén.

Aquella expresión me desconcertó; se parecía menos a la fiebre de lo que yo pensaba.

—¿Estás completamente seguro de que no lo has soñado, Roland? —dije.

—¿Soñar...? ¿Eso? —Estaba a punto de incorporarse de nuevo cuando se contuvo de repente y se echó boca abajo, con la misma sonrisa en los labios—. El pony también lo oyó —dijo—. Se encabritó como si le hubieran pegado un tiro. Si no hubiera agarrado las riendas —porque yo tenía miedo, padre...

—Y no hay ninguna vergüenza en ello, hijo mío —dije, aunque sin saber bien por qué.

—Si no la hubiera sujetado como una lapa, me habría tirado por encima de su cabeza, y no paró hasta que llegamos a la puerta. ¿Acaso soñó el pony? —dijo, con suave desdén, aunque con indulgencia hacia mi torpeza. Luego añadió despacio—: La primera vez fue solo un grito, y así todo el tiempo antes de que te fueras. No quería decírtelo, porque era muy penoso tener miedo. Pensé que podría ser una liebre o un conejo en una trampa, y fui por la mañana a buscar; pero no había nada. Fue después de que te fueras cuando lo oí de verdad por primera vez; y esto es lo que dice.

Se incorporó sobre el codo, cerca de mí, y me miró a la cara:

— «¡Oh, mamá, déjame entrar! ¡Oh, mamá, déjame entrar!»

Mientras decía esas palabras, le cruzó un velo por la cara, la boca le tembló, los rasgos suaves se licuaron y transformaron, y cuando terminó aquellas palabras llenas de piedad, se deshizo en un chaparrón de lágrimas abundantes.

¿Era una alucinación? ¿Era la fiebre del cerebro? ¿Era el delirio de la fantasía causado por una gran debilidad física? ¿Cómo saberlo? Lo más prudente me pareció aceptarlo como si todo fuera cierto.

— Esto es muy conmovedor, Roland — dije.

— ¡Oh, si lo hubieras oído tú, padre! Me dije: si padre lo oyera, él haría algo; pero mamá, ya sabes, la tienen entregada a Simson, y ese hombre es médico y solo piensa en meterte en cama.

— No debemos reprocharle a Simson que sea médico, Roland.

— No, no — dijo el muchacho, con deliciosa tolerancia e indulgencia—; ¡oh, no! Para eso sirve; para eso está; ya lo sé. Pero tú... tú eres distinto; eres simplemente mi padre; y harás algo, enseguida, papá, esta misma noche.

— Descuida — dije—. Sin duda es algún niño perdido.

Me lanzó una mirada súbita y penetrante, escrutando mi cara como para ver si, después de todo, eso era todo a lo que llegaba mi eminencia de «padre», nada más que eso. Luego me agarró por el hombro, apretándomelo con la mano delgada.

— Mira — dijo, con un temblor en la voz—; supón que no fuera... un ser vivo.

— Pero, hijo mío, ¿cómo ibas a haberlo oído entonces? — respondí.

Se apartó de mí con una exclamación de impaciencia.

— ¡Como si tú no supieras eso mejor que yo!

— ¿Quieres decirme que es un fantasma? — pregunté.

Roland retiró la mano; su semblante adoptó una expresión de gran dignidad y gravedad; un leve temblor le quedó en los labios.

—Sea lo que sea... tú siempre decías que no había que poner nombres. Era algo... en apuros. ¡Oh, padre, en apuros terribles!

—Pero, hijo mío —dije, al borde de la desesperación—, si fuera un niño perdido, o alguna pobre criatura humana... pero, Roland, ¿qué quieres que haga?

—Yo lo sabría si estuviera en tu lugar —dijo el niño con ardor—. Eso es lo que siempre me he dicho: padre lo sabrá. ¡Oh, papá, papá, tener que enfrentarme a eso noche tras noche, con semejante angustia, semejante angustia, y no poder hacer nada por remediarlo! No quiero llorar; sé que eso es de bebés; pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¡Ahí fuera, solo entre las ruinas, y sin nadie que le ayude! ¡No lo soporto! ¡No lo soporto! —exclamó mi generoso hijo. Y en su debilidad rompió, después de muchos esfuerzos por contenerse, en un gran sollozo infantil y en lágrimas.

No creo haberme encontrado en mayor perplejidad en toda mi vida; y después, cuando lo pensé, había algo de cómico en ello también. Es bastante malo encontrar que la mente de tu hijo está poseída por la convicción de que ha visto, o ha oído, un fantasma; pero que te exigiera ir a socorrerle en el acto era la experiencia más desconcertante que me había ocurrido jamás. Soy un hombre sobrio, y no supersticioso —al menos no más de lo que lo es cualquiera—. Naturalmente no creo en los fantasmas; pero tampoco niego, como nadie, que hay historias que no acierto a explicarme. Sentí una especie de escalofrío en las venas ante la idea de que Roland pudiera ser vidente; porque eso generalmente indica un temperamento histérico y una salud débil, y todo lo que los hombres más detestan y temen para sus hijos. Pero que yo debiera cargar con su fantasma, reparar sus agravios y salvarle de su tormento, era una misión suficiente para desconcertar a cualquiera. Hice todo lo posible por consolar al muchacho sin comprometerme a nada de ese género tan asombroso; pero él era demasiado agudo para mí: no quería saber nada de mis caricias. Con sollozos que le interrumpían a intervalos y las lágrimas colgando de sus párpados, insistía una y otra vez.

—¡Estará allí ahora! ¡Estará allí toda la noche! ¡Oh, piensa, papá, piensa si fuera yo! No puedo descansar pensando en eso. ¡No! —exclamó, apartando mi mano—. ¡No! Tú ve y ayúdale, y mamá puede cuidarme.

—Pero, Roland, ¿qué puedo hacer?

El muchacho abrió los ojos, muy grandes por la debilidad y la fiebre, y me dedicó una sonrisa que, me parece, solo conocen el secreto los niños enfermos.

—Estaba seguro de que lo sabrías en cuanto vinieras. Siempre decía: padre lo sabrá.

Y mamá —añadió, con una relajación de calma en la cara, los miembros sueltos, el cuerpo hundiéndose en la cama con lánguida facilidad— puede venir a cuidarme.

La llamé, y le vi volverse hacia ella con la dependencia absoluta de un niño; y luego me fui, tan perplejo como cualquier hombre que pudiera haber en Escocia. Debo decir, sin embargo, que tenía este consuelo: mi mente estaba muy tranquilizada respecto a Roland. Quizás estaba bajo una alucinación; pero su cabeza estaba lo bastante despejada, y no le creía tan enfermo como los demás lo creían. Las niñas se quedaron asombradas incluso de la naturalidad con que yo lo tomé. «¿Cómo le ves?», me dijeron a coro, acercándose a mí, agarrándome. «No tan mal como esperaba», dije; «no está muy mal del todo.» «¡Oh, papá, eres un ángel!», exclamó Agatha, besándome y llorando sobre mi hombro; mientras la pequeña Jeanie, tan pálida como Roland, me rodeó ambos brazos con ese abrazo que era peculiarmente suyo, y no pudo decir ni palabra. Yo no sabía nada de aquello, ni la mitad que Simson; pero ellas creían en mí: tenían el presentimiento de que todo iría bien ahora que yo estaba allí. Dios es muy bueno con uno cuando los hijos lo miran así. Hace sentir humildad, no orgullo. Yo no era digno de ello; y entonces recordé que tenía que hacer de padre al fantasma de Roland —lo cual casi me hizo reír, aunque podría igualmente haberme hecho llorar—. Era la misión más extraña que jamás se le había encomendado a mortal alguno.

Fue entonces cuando recordé de pronto la expresión de los mozos cuando se fueron con la berlina a las cuadras en la oscuridad de aquella mañana. No les había gustado, y a los caballos tampoco. Recordé que incluso en mi angustia por Roland los había oído alejarse al galope por el camino de entrada hacia las cuadras, y había hecho una nota mental de que debía hablar de ello. Me pareció que lo mejor que podía hacer era ir a las cuadras ahora y hacer algunas averiguaciones. Es imposible sondear la mente de los hombres del campo; bien pudiera haber alguna diablura de broma pesada, por lo

que yo sabía, o podían tener algún interés en crear una mala reputación para el camino de entrada de Brentwood. Ya oscurecía cuando salí, y quien conozca el campo no necesitará que le explique cuán densa es la oscuridad de una noche de noviembre bajo altos laureles y tejos. Me adentré en el corazón de los arbustos dos o tres veces, sin ver un paso adelante, hasta que salí al camino de carruajes más ancho, donde los árboles se abrían un poco y había un tenue resplandor de cielo visible, bajo el que los grandes tilos y olmos se alzaban fantasmales en la oscuridad; pero volvía a hacerse negro en cuanto me acercaba a la esquina donde estaban las ruinas. Los ojos y los oídos estaban en alerta máxima, como puede suponerse; pero no podía ver nada en la oscuridad absoluta, y, por lo que recuerdo, tampoco oía nada. Sin embargo, me invadió la fuerte impresión de que había alguien allí. Es una sensación que la mayoría de la gente ha experimentado alguna vez. La he sentido tan intensa como para despertarme del sueño, esa sensación de que alguien me observa. Supongo que mi imaginación había sido influida por la historia de Roland; y el misterio de la oscuridad siempre está lleno de sugerencias. Golpeé con fuerza el suelo con los pies en la grava para sobreponerme, y grité con voz cortante: «¿Quién anda ahí?» Nadie respondió, ni esperaba que nadie lo hiciera, pero la impresión estaba hecha. Fui tan tonto que no me atreví a mirar atrás, sino que avancé de costado, con un ojo puesto en la oscuridad que quedaba detrás. Con gran alivio distinguí la luz de las cuadras, que formaba una especie de oasis en la oscuridad. Entré muy deprisa en aquel lugar iluminado y animado, y el repiqueteo del cubo del mozo de cuadra me pareció uno de los sonidos más agradables que había oído en mi vida. El cochero era el cabeza de aquella pequeña colonia, y a su casa fui a hacer mis pesquisas. Era oriundo del lugar y había cuidado de la finca durante la ausencia de la familia durante años; era imposible que no supiese todo lo que allí ocurría, y todas las tradiciones del lugar. Los mozos, lo vi en sus caras, me observaban con ansiedad al aparecer yo entre ellos a tal hora, y me siguieron con la mirada hasta la casa de Jarvis, donde vivía solo con su anciana esposa, cuyos hijos ya estaban todos casados y por el mundo. La señora Jarvis me salió al encuentro con preguntas ansiosas. ¿Cómo estaba el pobre joven señorito? Pero los otros sabían, lo vi en sus caras, que no era eso precisamente lo primero que tenía yo en la cabeza.

—¿Ruidos? Ah, bueno, habrá ruidos... el viento entre los árboles y el agua que brama por el barranco. En cuanto a los vagabundos, Cornel, no,

por aquí hay poca calaña de esa; y Merran, la de la verja, es una mujer cuidadosa.

Jarvis se movía con cierto embarazo, cambiando el peso de un pie al otro mientras hablaba. Se quedaba en la sombra y no me miraba más de lo que podía evitar. Era evidente que tenía la mente perturbada y tenía sus razones para guardar silencio. Su mujer estaba sentada a su lado, lanzándole de vez en cuando una mirada rápida, pero sin decir nada. La cocina era muy acogedora, cálida y luminosa, tan distinta como cabía imaginar del frío y el misterio de la noche de afuera.

—Creo que me está tomando el pelo, Jarvis —dije.

—¿Tomarle el pelo, Cornel? Yo no. ¿Para qué iba a hacerlo? Si el mismísimo diablo estuviera en la vieja casa, a mí no me va ni me viene de un modo ni de otro...

—¡Sandy, cállate ya! —le cortó su mujer con imperiosa brusquedad.

—¿Y para qué me he de callar, con el Cornel aquí de pie haciéndome todas esas preguntas? Digo que si el mismísimo diablo...

—¡Y yo te digo que te calles! —exclamó la mujer, muy agitada—. Noche de noviembre oscura y las noches tan largas, y nosotros que sabemos lo que sabemos. ¿Cómo se te ocurre nombrar...? ¡Un nombre que no se debe pronunciar!

Tiró su labor al suelo y se levantó, también muy alterada.

—Ya te lo dije: tú no podías guardarlo. Es algo que no se puede ocultar, y el pueblo entero lo sabe tan bien como tú o yo. Dile al Cornel la verdad de todo... o mira, ya lo hago yo. No estoy de acuerdo con tus secretos, y menos con un secreto que conoce el pueblo entero.

Chasqueó los dedos con aire de olímpico desprecio. En cuanto a Jarvis, tan fornido y rubicundo como era, se encogió hasta no ser nada ante aquella mujer decidida. Le repitió dos o tres veces su propia admonición: «¡Cállate ya!», y luego, cambiando súbitamente de tono, exclamó: «¡Díselo tú entonces, maldita sea! Me lavo las manos del asunto. Que haya todos los fantasmas de Escocia en la vieja casa, ¿qué me importa a mí eso?»

Después de esto me fue fácil entresacar toda la historia. En opinión de los Jarvis, y de todo el mundo en la comarca, la certeza de que el lugar estaba

encantado estaba fuera de toda duda. Conforme Sandy y su mujer se calentaban con el relato, atropellándose el uno al otro en el afán de contarlo todo, fue tomando forma una superstición tan precisa como cualquiera que haya oído, y no exenta de poesía y de patetismo. Desde cuándo se oía la voz por primera vez, nadie podía decirlo con certeza. La opinión de Jarvis era que su padre, que había sido cochero en Brentwood antes que él, nunca había oído hablar de ello, y que todo el asunto había surgido en los últimos diez años, desde el desmantelamiento completo de la vieja casa; lo cual era una fecha asombrosamente reciente para un cuento tan bien acreditado. Según estos testigos, y según varios a quienes interrogué después y que coincidían perfectamente, solo en los meses de noviembre y diciembre ocurría «la aparición». Durante esos meses, los más oscuros del año, apenas pasaba una noche sin que se repitieran esos inexplicables lamentos. Nunca se había visto nada, según decían, o al menos nada que pudiera identificarse. Algunas personas, más audaces o más imaginativas que las demás, habían visto moverse la oscuridad, dijo Mrs. Jarvis, con inconsciente poesía. Comenzaba cuando caía la noche y continuaba, a intervalos, hasta el amanecer. Muy a menudo no era más que un llanto y un gemido inarticulados, pero en ocasiones las palabras que se habían apoderado de la imaginación de mi pobre hijo se oían con toda claridad: «¡Oh, mamá, déjame entrar!» Los Jarvis no tenían noticia de que se hubiera hecho nunca ninguna investigación al respecto. La finca de Brentwood había pasado a manos de una rama lejana de la familia, que vivía poco en ella; y de los muchos que la habían alquilado, como yo, pocos habían permanecido dos diciembres seguidos. Y nadie se había tomado la molestia de examinar los hechos muy de cerca. «No, no», dijo Jarvis, sacudiendo la cabeza. «No, no, Cornel. ¿Quién iba a ponerse en ridículo ante todo el vecindario, armando tal alboroto por un fantasma? Nadie cree en los fantasmas. Tenía que ser el viento entre los árboles, dijo el último señor, o algún efecto del agua restregándose entre las rocas. Dijo que todo tenía una explicación muy sencilla; pero abandonó la casa. Y cuando usted llegó, Cornel, estábamos muy preocupados por que no se enterara nunca. ¿Para qué iba a fastidiar el contrato y perjudicar la propiedad por nada?»

—¿Llama usted nada a la vida de mi hijo? —dije, en el apuro del momento, sin poder contenerme—. Y en lugar de contarme todo esto a mí, se lo habéis contado a él, a un muchacho delicado, un niño incapaz de

aquilatar las pruebas o de juzgar por sí mismo, una criatura joven y de corazón tierno...

Paseaba por la habitación con una cólera tanto más intensa cuanto que sentía que probablemente era del todo injusta. Tenía el pecho lleno de amargura contra los fieles pero insensibles servidores de una familia que estaban dispuestos a arriesgar la salud y los hijos de otros antes que dejar una casa vacía. Si me hubieran avisado, habría podido tomar precauciones, o abandonar el lugar, o enviar a Roland fuera, o hacer cualquiera de las cien cosas que ahora ya no podía hacer; y aquí estaba yo con mi hijo en una fiebre cerebral y con su vida —la vida más preciosa del mundo— pendiente de un hilo, dependiendo de si podía o no llegar al fondo de una historia de fantasmas de lo más corriente. Paseé de arriba a abajo muy irritado, sin ver qué iba a hacer; porque llevarse a Roland, aunque estuviera en condiciones de viajar, no apaciguaría su mente agitada; y temía incluso que una explicación científica sobre el sonido refractado, o la reverberación, o cualquiera de las seguridades fáciles con las que a nosotros, los mayores, nos acallan, tuviera muy poco efecto sobre el muchacho.

—Cornel —dijo Jarvis con solemnidad—, y ella me dará testimonio: el joven señorito no oyó una palabra de mí, ni de ningún mozo ni jardinero tampoco; le doy mi palabra. En primer lugar, no es de los chicos que invitan a hablar. Hay unos que sí, y otros que no. Hay quien te hace hablar hasta que le has contado todos los chismes del pueblo, y todo lo que uno sabe, y a veces más. Pero el señorito Roland, tiene la cabeza llena de sus libros. Es siempre cortés y amable, y un muchacho excelente; pero no es de ese tipo. Y ya ve que nos interesa a todos, Cornel, que usted se quede en Brentwood. Tomé a mi cargo pasar la voz: «Ni una sílaba al señorito Roland, ni a las señoritas, ni una sílaba.» Las criadas, que tienen poco motivo para estar fuera de noche, saben poco o nada de eso. Y hay quien piensa que es una ventaja tener un fantasma, siempre que no se cruce en el camino de uno. Si a usted le hubieran contado la historia desde el principio, quizás usted mismo lo habría pensado así.

Esto era cierto, aunque no arrojaba ninguna luz sobre mi perplejidad. De haberlo sabido desde el principio, es posible que toda la familia hubiera considerado la posesión de un fantasma como una ventaja manifiesta. Es la moda de los tiempos. Nunca pensamos en el riesgo que se corre al jugar con las imaginaciones jóvenes, sino que exclamamos, en la jerga de moda: «¡Un

fantasma! No le faltaba nada más para ser perfecto.» Yo no me habría sustraído a eso. Habría sonreído, naturalmente, ante la idea del fantasma, pero el hecho de que fuera mío me habría halagado. Sí, no me atribuyo ningún mérito especial. Las niñas habrían estado encantadas. Me imagino su avidez, su interés y su entusiasmo. No; si nos lo hubieran dicho, no habría servido de nada: habríamos hecho el contrato con más avidez aún, necios que somos. «¿Y no ha habido ningún intento de investigarlo?», pregunté. «¿De averiguar lo que es en realidad?»

—Eh, Cornel —dijo la mujer del cochero—, ¿quién va a investigar, como usted lo llama, una cosa en la que nadie cree? Sería el hazmerreír de todo el vecindario, como dice mi marido.

—Pero ustedes creen en ello —dije, volviéndome hacia ella bruscamente. La mujer quedó sorprendida. Retrocedió un paso para apartarse de mi camino.

—¡Dios mío, Cornel, cómo asusta usted a una! ¿Yo?... Hay cosas muy extrañas en este mundo. Una persona ignorante no sabe qué pensar. Pero el señor cura y la gente principal se ríen en la cara de uno. ¿Investigar una cosa que no existe? No, no; nosotros la dejamos estar.

—Venga conmigo, Jarvis —dije muy rápidamente—, e intentaremos al menos algo. No diga nada a los mozos ni a nadie. Volveré después de cenar y haremos un intento serio de ver qué es, si es que es algo. Si lo oigo —lo cual dudo—, puede estar seguro de que no descansaré hasta averiguarlo. Esté listo para mí sobre las diez.

—¿Yo, Cornel?

Jarvis lo dijo con voz desfallecida. No me había fijado en él en mi preocupación, pero cuando lo hice descubrí que el gordo y rubicundo cochero había sufrido el mayor de los cambios. «¿Yo, Cornel?», repitió, secándose el sudor de la frente. La cara rubicunda le colgaba en pliegues flácidos, las rodillas le temblaban, la voz parecía medio extinguida en la garganta. Empezó entonces a frotarse las manos y a sonreírme de un modo servil e imbécil.

—No hay nada que no hiciera con mucho gusto por usted, Cornel —dijo, retrocediendo un paso más—. Estoy seguro de que ella sabe bien que siem-

pre he dicho que nunca he tenido trato con un señor más correcto y de mejor trato...

Aquí Jarvis hizo una pausa, mirándome de nuevo y frotándose las manos.

—¿Sí...? —dije.

—¡Pero, ah, señor! —prosiguió, con la misma sonrisa imbécil aunque zalamera—, si usted reflexiona en que no estoy acostumbrado a ir a pie... Con un caballo entre las piernas, o con las riendas en la mano, puede que no sea peor que otros; pero a pie, Cornel... No es por los... los bogles... sino que he sido de caballería, ¿ve? —con una pequeña risa ronca—, toda mi vida. Enfrentarse a algo que uno no entiende, a pie, Cornel...

—Bien, señor, si yo lo hago —dije secamente—, ¿por qué no puede hacerlo usted?

—¡Eh, Cornel, hay una diferencia enorme! En primer lugar, usted camina por todo el campo y no le da importancia; pero andar me cansa más a mí que cien millas de carruaje; y además usted es un señor y hace su voluntad; y no es tan viejo como yo; y es por su propio hijo, ¿ve, Cornel? Y luego...

—Él cree en eso, Cornel, y usted no cree —dijo la mujer.

—¿Quiere usted venir conmigo? —dije, volviéndome hacia ella.

Saltó hacia atrás, volcando la silla de puro azoramiento.

—¿Yo? —con un grito, que se convirtió en algo parecido a una risa histérica—. No diría que no vendría; pero ¿qué diría la gente de ver al Cornel Mortimer con una vieja tonta detrás?

La sugerencia me hizo reír también, aunque tenía pocas ganas de ello.

—Siento que tenga tan poco espíritu, Jarvis —dije—. Tendré que buscar a otro, supongo.

Esto tocó a Jarvis en su amor propio y comenzó a protestar, pero le corté en seco. Mi mayordomo era un soldado que había estado conmigo en la India y del que no se suponía que tuviese miedo de nada —hombre ni diablo—, desde luego no del primero; y sentía que estaba perdiendo el tiempo. Los Jarvis estaban más que contentos de deshacerse de mí. Me acompañaron a la puerta con las más solícitas cortesías. Fuera, los dos mozos de cuadra estaban muy cerca, un poco confundidos por mi salida repentina. No

sé si acaso habían estado escuchando —al menos de pie tan cerca como para captar cualquier fragmento de la conversación—. Les saludé con la mano al pasar, en respuesta a sus saluciones, y era muy evidente que ellos también estaban contentos de verme marchar.

Y parecerá muy extraño, pero sería cobardía no añadirlo: yo mismo, aunque decidido a llevar a cabo la investigación de que he hablado, comprometido con Roland a realizarla, y sintiendo que la salud de mi hijo —quizás su vida— dependía del resultado de mis pesquisas, sentí la más inexplicable resistencia a pasar ante aquellas ruinas de camino a casa. Mi curiosidad era intensa; y con todo, lo único que podía hacer mi mente era arrastrar a mi cuerpo tras de sí. Los científicos, supongo, lo describirían al revés y atribuirían mi cobardía al estado de mi estómago. Seguí adelante; pero si hubiera seguido mi impulso, me habría dado la vuelta y habría echado a correr. Todo en mí parecía rebelarse: el corazón me latía muy fuerte; el pulso, en todos sus puntos, comenzó a golpearme los oídos y cada parte sensible de mi ser como a mazazos. Estaba muy oscuro, como he dicho; la vieja casa, con su torre informe, se alzaba como una masa pesada en la oscuridad, que era solo algo menos sólida que ella. Por el otro lado, los grandes cedros oscuros de los que tan orgullosos estábamos parecían llenar la noche. El pie se me fue del camino en mi confusión y la oscuridad juntas, y me detuve de golpe con un grito al sentir que tropezaba con algo sólido. ¿Qué era aquello? El contacto con la piedra y la cal duras y los espinosos arbustos de zarzas me devolvió un poco a mí mismo.

—¡Oh! Es solo el viejo hastial —dije en voz alta, con una pequeña carcajada para tranquilizarme. La sensación áspera de las piedras me reconfortó. Mientras tanteaba así, me sacudí la estupidez fantástica. ¡Qué cosa más fácil de explicar que haberme salido del camino en la oscuridad! Esto me devolvió a la existencia ordinaria, como si una mano sabia me hubiera sacudido de toda la necedad de la superstición. ¡Qué tontería, después de todo! ¿Qué importaba qué camino tomara? Reí de nuevo, esa vez con más ánimo, cuando de pronto, en un instante, la sangre se me heló en las venas, un estremecimiento me recorrió la espalda, mis facultades parecieron abandonarme. Junto a mí, a mi lado, a mis pies, hubo un suspiro. No, no un gemido, no un lamento, nada tan tangible como todo eso: un suspiro perfectamente suave, tenue, inarticulado. Salté hacia atrás y el corazón se me paró. ¿Equivocación? No, la equivocación era imposible. Lo oí con tanta claridad

como me oigo hablar: un suspiro largo, suave y cansado, como si se exhalara hasta el límite y vaciara el pecho de una carga de tristeza que lo colmaba. Oír aquello en la soledad, en la oscuridad, en la noche — aunque aún era temprano — tuvo un efecto que no acierto a describir. Lo siento aún ahora: algo frío que me recorría, subiéndome al pelo y bajándome a los pies, que se negaban a moverse. Grité, con voz temblorosa: «¿Quién anda ahí?», como había hecho antes; pero no hubo respuesta.

Llegué a casa no sé muy bien cómo; pero en mi mente ya no había ninguna indiferencia hacia la cosa — fuera lo que fuera — que merodeaba aquellas ruinas. Mi escepticismo se disipó como una niebla. Estaba tan firmemente convencido de que había algo como lo estaba Roland. Ni por un momento me dije a mí mismo que era posible que me hubiera engañado; había movimientos y ruidos que comprendía perfectamente: crujidos de ramillas al hielo, y pequeñas caídas de grava en el camino, que tienen a veces un sonido muy inquietante y que te desconciertan preguntándote quién lo ha hecho cuando no hay ningún misterio real; pero les aseguro que todos esos pequeños movimientos de la naturaleza no os afectan lo más mínimo cuando hay algo. Yo los comprendía. Lo que no comprendía era el suspiro. Eso no era simple naturaleza; había en él significado, sentimiento, el alma de una criatura invisible. Esto es lo que hace temblar a la naturaleza humana: una criatura invisible, y con todo dotada de sensaciones, sentimientos, de algún poder de expresarse. No tuve la misma sensación de resistencia a dar la espalda al escenario del misterio que había experimentado de camino a las cuadras; pero casi corrí hacia casa, impulsado por la ansiedad de terminar todo lo que había que hacer para poder dedicarme a averiguarlo. Bagley estaba en el vestíbulo, como de costumbre, cuando entré. Siempre estaba allí por las tardes, con toda la apariencia de estar muy ocupado y, sin embargo, hasta donde yo podía ver, sin hacer nunca nada. La puerta estaba abierta, de modo que entré sin parar, sin aliento; pero la visión de su serena mirada, mientras se acercaba a ayudarme a quitarme el abrigo, me tranquilizó al instante. Todo lo que fuera de lo corriente, todo lo incomprensible, se desvanecía en presencia de Bagley. Uno veía y se preguntaba cómo estaba hecho: la raya de su cabello, el nudo de su corbata blanca, el corte de sus pantalones, todo perfecto como obras de arte; pero podía ver cómo se hacía, lo cual lo cambia todo. Me lancé sobre él, por así decir, sin esperar a reparar en cuán poco era él como todo lo que yo tenía en mente.

—Bagley —dije— , quiero que salgas conmigo esta noche a vigilar a...

—¿A cazadores furtivos, coronel?

Le cruzó un destello de placer por todo el cuerpo.

—No, Bagley; algo mucho peor —exclamé.

—Sí, coronel. ¿A qué hora, señor?

Así respondió el hombre; y es que todavía no le había dicho de qué se trataba.

Eran las diez cuando salimos. Todo estaba perfectamente tranquilo en la casa. Mi esposa estaba con Roland, que había estado muy sereno, dijo ella, y que —aunque naturalmente la fiebre tenía que seguir su curso— había mejorado desde que yo llegué. Le dije a Bagley que se pusiera un abrigo grueso sobre el frac y yo hice lo mismo, con botas recias; pues el suelo era como una esponja, o peor. Hablando con él, casi me olvidé de adónde íbamos. Estaba aún más oscuro que antes, y Bagley se mantenía muy cerca de mí mientras avanzábamos. Llevaba una pequeña linterna en la mano que nos orientaba en parte. Habíamos llegado a la esquina donde el camino tuerce. A un lado estaba el campo de bolos, que las niñas habían tomado para su croquet —un recinto extraordinario rodeado de altos setos de acebo de trescientos años o más—; al otro, las ruinas. Ambas cosas eran negras como la noche; pero antes de llegar tan lejos había una pequeña abertura en la que podíamos distinguir los árboles y la línea más clara del camino. Creí conveniente hacer una pausa allí y tomar aliento.

—Bagley —dije— , hay algo en esas ruinas que no entiendo. Allí es adonde voy. Mantén los ojos abiertos y la cabeza despejada. Prepárate para echar el guante a cualquier extraño que veas: cualquier cosa, hombre o mujer. No hagas daño, pero sujeta lo que veas.

—Coronel —dijo Bagley, con un leve temblor en la voz— , cuentan que hay cosas ahí... que no son ni hombres ni mujeres.

No había tiempo para palabras.

—¿Estás dispuesto a seguirme, hombre? Esa es la cuestión —dije. Bagley se cuadró sin decir palabra y me saludó. Supe entonces que no tenía nada que temer.

Fuimos, por lo que pude calcular, exactamente por donde yo había ido cuando oí aquel suspiro. La oscuridad era, sin embargo, tan completa que todas las referencias —árboles, senderos— habían desaparecido. Un momento teníamos los pies en la grava, al momento siguiente hundiéndose sin ruido en el pasto resbaladizo, y nada más. Había cerrado la linterna, pues no quería asustar a nadie, quienquiera que fuera. Bagley me seguía, me pareció, pisando exactamente en mis huellas mientras avanzaba hacia lo que suponía era la masa de la casa en ruinas. Tardamos mucho en llegar a tientas hasta allí; el chapoteo de la tierra húmeda bajo nuestros pies era lo único que marcaba nuestro progreso. Al cabo de un rato me detuve para ver, o más bien para palpar, dónde estábamos. La oscuridad era muy quieta, pero no más quieta de lo que es habitual en una noche de invierno. Los sonidos que he mencionado —el crujido de las ramas, el rodar de un guijarro, el rumor de algo entre la hojarasca muerta, o de alguna criatura arrastrándose por la hierba— se oían al escuchar, todos suficientemente misteriosos cuando la mente está desocupada, pero para mí reconfortantes ahora como señales de que la naturaleza sigue viva, incluso en la muerte del hielo. Mientras permanecíamos inmóviles, subió desde los árboles del barranco el ulular prolongado de un búho. Bagley se sobresaltó, pues estaba en un estado de nerviosismo general y no sabía de qué tenía miedo. Pero para mí el sonido era alentador y grato, siendo tan comprensible.

—Un búho —dije, en voz baja.

—Sí..., sí, coronel —dijo Bagley, con los dientes castañeteando.

Estuvimos quietos unos cinco minutos mientras aquello irrumpía en el quieto silencio del aire, el sonido ensanchándose en círculos, apagándose en la oscuridad. Ese sonido, que no es uno de los más alegres, me puso casi de buen humor. Era natural, y aliviaba la tensión de la mente. Seguí adelante con nuevas fuerzas, calmándose mi excitación nerviosa.

Cuando de pronto, muy de repente, muy cerca de nosotros, a nuestros pies, brotó un grito. Di un salto atrás en el primer momento de sorpresa y horror, y al hacerlo choqué bruscamente con la misma mampostería áspera y las mismas zarzas que me habían golpeado antes. Este nuevo sonido venía de abajo, del suelo: una voz baja, quejumbrosa, gimiente, llena de sufrimiento y dolor. El contraste entre ella y el ulular del búho era indescriptible: el uno con una rusticidad y una naturalidad saludables que no hacen daño a

nadie; el otro, un sonido que helaba la sangre en las venas, lleno de miseria humana. Con mucho trabajo —pues a pesar de todo lo que hacía por mantener el ánimo, me temblaban las manos—, logré apartar el panel de mi linterna. La luz saltó como algo vivo y en un instante hizo visible el lugar. Estábamos en lo que habría sido el interior del edificio en ruinas si algo hubiera quedado en pie salvo el hastial que he descrito. Lo teníamos muy cerca, y el vano vacío de la puerta se abría directamente hacia la negrura de afuera. La luz mostraba el trozo de muro, la hiedra reluciendo sobre él en nubes de verde oscuro, las ramas de zarza agitándose, y abajo, la puerta abierta: una puerta que no llevaba a ningún sitio. De allí venía la voz, que se apagó en el mismo instante en que la luz iluminó aquella extraña escena. Hubo un momento de silencio, y luego volvió a brotar. El sonido era tan cercano, tan penetrante, tan lastimero, que en el sobresalto nervioso que me dio se me cayó la linterna de la mano. Mientras la buscaba a tientas en la oscuridad, Bagley me agarró la mano —creo que se había dejado caer de rodillas—; pero yo estaba demasiado perturbado para pensar mucho en eso. Me aferró a mí en la confusión de su terror, olvidando toda su habitual corrección.

—¡Por el amor de Dios, qué es eso, señor! —jadeó.

Si yo cedía, era evidente que habíamos terminado los dos. «No lo sé», dije, «más de lo que tú sabes; en eso consiste lo que tenemos que averiguar. ¡Arriba, hombre, arriba!» Le puse en pie de un tirón. «¿Quieres ir al otro lado y examinar el otro lado del muro, o te quedas aquí con la linterna?» Bagley me miró boquiabierto con cara de horror. «¿No podemos quedarnos juntos, coronel?», dijo; le temblaban las rodillas. Le empujé contra la esquina del muro y le puse la luz en las manos. «Quédate firme hasta que yo vuelva; anímate, hombre; que no pase nada», le dije. La voz estaba a dos o tres pies de nosotros; de eso no podía haber duda.

Fui yo mismo al otro lado del muro, pegado a él. La luz temblaba en la mano de Bagley, pero, trémula como estaba, brillaba a través del vano de la puerta, un bloque oblongo de luz que marcaba todos los ángulos desmoronados y las masas de follaje colgante. ¿Era aquello algo oscuro hecho un ovillo junto al muro? Avancé cruzando la luz del vano de la puerta y me lancé sobre ello con las manos; pero era solo un arbusto de enebro que crecía pegado al muro. Entre tanto, la visión de mi figura cruzando el vano

de la puerta había llevado los nervios de Bagley a un paroxismo: se lanzó sobre mí, agarrándome por el hombro.

— ¡Le tengo, coronel! ¡Le tengo!

Gritó con voz de súbita exaltación. Creyó que era un hombre, y se sintió al instante aliviado. Pero en ese momento la voz brotó de nuevo entre nosotros dos, a nuestros pies, más cerca de nosotros que si fuera un ser separado. Se apartó de mí y se desplomó contra el muro, con la mandíbula colgante como si estuviera muriéndose. Supongo que en ese mismo instante se dio cuenta de que era a mí a quien había agarrado. Por mi parte, yo apenas tenía más dominio de mí mismo. Le arrebaté la luz y la proyecté a mi alrededor frenéticamente. Nada: el arbusto de enebro que me parecía no haber visto nunca antes, el espeso crecimiento de la hiedra reluciente, las ramas de zarza agitándose. Estaba muy cerca de mis oídos ya, llorando, llorando, suplicando como si le fuera en ello la vida. Bien porque oyera las mismas palabras que Roland había oído, bien porque en mi exaltación la imaginación de él se hubiera apoderado de la mía, la voz continuaba haciéndose articulada pero errando aquí y allá, ahora desde un punto, ahora desde otro, como si su dueño se moviera despacio de un lado a otro. «¡Madre, madre!», y luego un estallido de lamentos. Conforme mi mente se asentaba, acostumbándose — como la mente se acostumbra a cualquier cosa —, me pareció como si alguna criatura inquieta y desdichada paseara de un lado a otro ante una puerta cerrada. A veces — aunque eso debía de ser la excitación — creí oír un sonido como de golpes en la puerta, y luego otro estallido: «¡Oh, madre, madre!» Todo esto muy cerca, muy cerca del espacio donde yo estaba de pie con mi linterna, ora delante de mí, ora detrás: una criatura inquieta, desdichada, gemebunda, llorosa, ante el vano vacío de la puerta que nadie podía ya ni cerrar ni abrir.

— ¿Lo oyes, Bagley? ¿Oyes lo que dice? — exclamé, penetrando en el vano de la puerta. Estaba desplomado contra el muro, con los ojos vidriosos, medio muerto de terror. Hizo un movimiento con los labios como para responderme, pero sin que le saliera ningún sonido; luego levantó la mano con un curioso gesto imperativo como si me ordenara callarme y escuchar. Y cuánto tiempo lo hice no sería capaz de decirlo. Empezó a adquirir un interés, una fascinante sujeción sobre mí, que no atino a describir. Evocaba visiblemente una escena que cualquiera podía comprender: algo excluido, errando sin descanso de acá para allá; la voz se apagaba a ve-

ces, como si se echara al suelo, a veces se alejaba unos pasos, haciéndose nítida y clara. «¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, madre, déjame entrar! ¡Oh, déjame entrar!» Cada palabra me llegaba clara. No era de extrañar que el muchacho se hubiera consumido de compasión. Intenté fijar la mente en Roland, en su convicción de que yo podría hacer algo, pero la cabeza me daba vueltas de excitación, aunque en parte hubiera vencido el terror. Por fin las palabras se fueron apagando, y se oyó un sonido de sollozos y lamentos. Grité: «En nombre de Dios, ¿quién eres?», con una especie de sentimiento de que usar el nombre de Dios era una profanación, dado que yo no creía en los fantasmas ni en nada sobrenatural; pero lo hice de todos modos y esperé, con el corazón dando un vuelco de terror por si hubiera una respuesta. Por qué había de ser así no lo sé, pero tenía la sensación de que si había una respuesta sería más de lo que podría soportar. Pero no hubo respuesta alguna; el gemido continuó y luego, como si hubiera sido real, la voz se elevó un poco más, volvieron las palabras: «¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, déjame entrar!», con una expresión que era desgarradora de escuchar.

¡Como si hubiera sido real! ¿Qué quiero decir con eso? Supongo que fui dejando de estar asustado conforme seguía la cosa. Comencé a recobrar el uso de los sentidos; me lo explicaba a mí mismo diciéndome que aquello había ocurrido una vez en la realidad, que era el recuerdo de una escena real. Por qué en esta explicación había de haber algo perfectamente satisfactorio y tranquilizador, no lo sé, pero así era. Empecé a escuchar casi como si fuera una representación teatral, olvidándome de Bagley, que creo que se había desmayado, apoyado en el muro. Me sobresaltó sacándome de aquella extraña actitud de espectador en que había caído el súbito impulso de algo que me hizo dar otro vuelco al corazón, una figura negra y grande en el vano de la puerta que agitaba los brazos.

—¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! —gritó con voz ronca, a pleno pulmón, con un profundo timbre de bajo; y entonces el pobre Bagley se desplomó sin sentido sobre el umbral.

Era menos curtido que yo: ya no podía aguantar más. Le tomé por un ser sobrenatural, como él me tomó a mí, y tardé algún tiempo en darme cuenta de las exigencias del momento. Solo después recordé que desde que empecé a ocuparme del hombre, no oí la otra voz. Tardé bastante en hacerle volver en sí. Debió de ser una escena singular: la linterna formando un punto lumi-

noso en la oscuridad, la cara blanca del hombre tendido sobre la tierra negra, yo encima de él, haciendo lo que podía por él; de haber visto alguien nuestra escena, probablemente habría pensado que le estaba asesinando, en mi locura lo creí así. Cuando por fin logré hacerle tragar un poco de brandy, se incorporó y miró a su alrededor con aire extraviado.

—¿Qué ha pasado? —dijo; luego, reconociéndome, intentó levantarse con un débil «Dispense, coronel.»

Le llevé a casa como pude, haciéndole apoyarse en mi brazo. El grandulón estaba tan débil como un niño. Por suerte, no recordó durante algún tiempo lo que había ocurrido. Desde que Bagley cayó, la voz había cesado y todo estaba en silencio.

—Tiene una epidemia en su casa, coronel —me dijo Simson a la mañana siguiente—. ¿Qué significa todo esto? Su mayordomo anda desvariando sobre una voz. Esto no puede seguir así, y por lo que puedo deducir, usted también está en ello.

—Sí, estoy en ello, doctor. Pensé que era mejor hablar con usted. Naturalmente, está atendiendo bien a Roland, pero el muchacho no está delirando; está tan cuerdo como usted o yo. Todo es cierto.

—Tan cuerdo como... yo... o usted. Nunca creí que el muchacho estuviera loco. Tiene excitación cerebral, fiebre. No sé qué tiene usted. Hay algo muy raro en el aspecto de sus ojos.

—Vamos —dije—, no puede meternos a todos en cama, ya lo sabe. Más le vale escuchar y oír los síntomas completos.

El doctor se encogió de hombros, pero me escuchó pacientemente. No creía una palabra de la historia, estaba claro; pero la escuchó de principio a fin.

—Querido amigo —dijo—, el muchacho me contó exactamente lo mismo. Es una epidemia. Cuando una persona cae víctima de esta clase de cosas, es cosa segura que habrá dos o tres más.

—¿Y entonces cómo lo explica usted?

—Oh, ¡explicarlo! Eso es otra cuestión; no hay manera de explicar los caprichos a que está sujeto nuestro cerebro. Si es una ilusión, si es algún juego de ecos o de vientos —alguna perturbación fonética u otra cosa...

—Venga conmigo esta noche y júzguelo usted mismo —dije.

Al oír esto se echó a reír, y luego dijo: «No es tan mala idea; pero me arruinaría para siempre si se supiera que John Simson anda cazando fantasmas.»

—Ahí está —dije—: se nos cae encima con sus perturbaciones fonéticas, a los que somos ignorantes, pero no se atreve a examinar lo que la cosa es en realidad por miedo a que se rían de usted. ¡A eso llama ciencia!

—No es ciencia: es sentido común —dijo el doctor—. El asunto lleva la ilusión escrita en la frente. Fomentar una tendencia malsana, aunque sea examinándola, es peligroso. ¿Qué bien podría resultar de ello? Aunque quedara convencido, no lo creería.

—Lo mismo habría dicho yo ayer; y yo no quiero que se convenza ni que lo crea —dije—. Si demuestra que es una ilusión, le estaré muy agradecido por una cosa. Venga; alguien tiene que venir conmigo.

—Tiene usted sangre fría —dijo el doctor—. Ha inutilizado a ese pobre hombre suyo y le ha vuelto —en ese punto— loco para el resto de su vida; y ahora quiere inutilizarme a mí. Pero, por una vez, lo haré. Para guardar las apariencias, si me da cama, iré cuando termine las rondas.

Se acordó que yo le esperaría en la verja y que visitaríamos el escenario de los hechos de la noche anterior antes de entrar en la casa, para que nadie fuera más enterado. Era casi imposible esperar que la causa de la repentina enfermedad de Bagley no llegara de algún modo a oídos de los criados al menos, y era mejor que todo se hiciera con la mayor discreción posible. El día se me hizo muy largo. Tenía que pasar cierto tiempo con Roland, lo cual era una prueba terrible para mí, pues ¿qué podía decirle al muchacho? La mejoría continuaba, pero seguía en estado muy precario, y el vehemente temblor con que se volvía hacia mí cuando su madre salía de la habitación me llenaba de alarma.

—¿Padre? —dijo en voz queda.

—Sí, hijo mío; le estoy prestando toda mi atención; se está haciendo todo lo que puedo hacer. No he llegado a ninguna conclusión aún. No estoy descuidando nada de lo que me dijiste —exclamé. Lo que no podía hacer era dar a su mente activa ningún estímulo para que se regodeara en el misterio. Era una situación difícil, porque tenía que darle alguna satisfacción. Me miró muy solícito, con los grandes ojos azules que brillaban tan grandes y luminosos en su cara blanca y demacrada.

—Tienes que confiar en mí —dije.

—Sí, padre. Padre lo entiende —se dijo a sí mismo, como para sosegar alguna duda interior. Le dejé en cuanto pude. Era la cosa más preciosa que yo tenía en el mundo, y su salud era mi pensamiento primero; pero de alguna manera, en la excitación de este otro asunto, lo dejé a un lado y preferí no pensar en Roland, que era lo más curioso de todo.

Esa noche, a las once, esperé a Simson en la verja. Había llegado en tren y le dejé entrar yo mismo discretamente. Yo había estado tan absorbido en el experimento que se avecinaba que pasé ante las ruinas yendo a su encuentro casi sin pensar en ellas, si eso puede entenderse. Llevaba mi linterna; y él me mostró un rollo de candela que traía preparado. «No hay nada como la luz», dijo en su tono burlón. Era una noche muy quieta, casi sin un sonido, aunque no tan oscura. Podíamos seguir el camino sin dificultad. Al acercarnos al lugar oímos un lamento bajo, interrumpido de vez en cuando por un gemido amargo. «Quizás esa es su voz», dijo el doctor; «ya me imaginé que debía ser algo así. Eso es un pobre animal atrapado en alguna de estas malditas trampas tuyas; lo encontrará entre los arbustos por ahí.» No dije nada. No sentía ningún miedo especial, sino una satisfacción triunfante ante lo que iba a ocurrir. Le conduje al lugar donde Bagley y yo habíamos estado la noche anterior. Todo estaba en silencio como puede estarlo una noche de invierno, tan en silencio que oíamos a lo lejos el ruido de los caballos en las cuadras, el cerrarse de una ventana en la casa. Simson encendió su candela y fue mirando y rebuscando por todos los rincones. Parecíamos dos conspiradores al acecho de algún viajero desprevenido; pero ningún sonido rompía la calma. Los lamentos habían cesado antes de que llegáramos; alguna que otra estrella brillaba sobre nosotros en el cielo, mirándonos con aire sorprendido ante nuestros extraños manejos. El Dr. Simson no hacía más que soltar risitas ahogadas.

— Ya me lo imaginaba — dijo — . Lo mismo pasa con las mesas y demás aparatos fantasmales: la presencia de un escéptico lo para todo. Cuando yo estoy, nunca ocurre nada. ¿Cuánto tiempo cree usted que será necesario quedarse aquí? Oh, no me quejo; solo que, cuando esté satisfecho, yo lo estoy... del todo.

No negaré que me sentí decepcionado de manera extraordinaria por ese resultado. Me hacía quedar como un crédulo. Le daba al doctor una ventaja sobre mí que nada más podría dar. Me iba a servir de moral para muchos años; y su materialismo, su escepticismo, se acentuarían más allá de lo soportable. «Parece, pues, que no habrá ninguna...», empecé.

— «Manifestación» — dijo él, riendo — . Eso es lo que dicen todos los médiums. Sin manifestaciones, a consecuencia de la presencia de un incrédulo.

Su risa me resultó muy incómoda en el silencio; y ya era cerca de medianoche. Pero aquella risa fue como la señal: antes de que se apagara, el lamento que habíamos oído antes se reanudó. Comenzó a cierta distancia y vino hacia nosotros, cada vez más cerca, como alguien que camina gimiendo para sí. Ya no cabía la idea de que fuera una liebre atrapada en un cepo. La aproximación era lenta, como la de una persona débil, con pequeñas pausas y vacilaciones. La oíamos venir por el pasto derecho hacia el vano vacío de la puerta. Simson se había sobresaltado un poco al primer sonido. Dijo rápidamente: «Ese niño no tiene por qué estar fuera tan tarde.» Pero él sentía, igual que yo, que aquella no era voz de niño. Conforme se acercaba, guardó silencio y, yendo al vano de la puerta con su candela, se quedó mirando hacia el sonido. La candela, sin protección, se agitaba con el aire de la noche, aunque apenas había viento. Proyecté la luz de mi linterna, fija y blanca, a través del mismo espacio. Era un resplandor de luz en medio de la negrura. Un pequeño escalofrío helado me recorrió al primer sonido, pero cuando se acercó, lo confieso, mi único sentimiento fue de satisfacción. El burlón ya no podía burlarse. La luz iluminó su propia cara, mostrando un semblante muy perplejo. Si tenía miedo, lo disimulaba con gran éxito; pero estaba perplejo. Y entonces todo lo que había ocurrido la noche anterior se repitió una vez más. Me alcanzaba con una extraña sensación de repetición. Cada grito, cada sollozo me parecía igual que antes. Escuché casi sin emoción propia, pensando en el efecto que causaría en Simson. Él mantuvo un frente muy valeroso, en conjunto. Todo ese ir y venir de la voz sonaba, si

nos podíamos fiar de los oídos, exactamente ante el vano vacío y en blanco de la puerta, lleno de luz resplandeciente, que se captaba y relucía en las hojas brillantes de los grandes acebos a poca distancia. Ni un conejo habría podido cruzar el pasto sin ser visto; pero no había nada. Al cabo de un rato, Simson, con cierta cautela y una visible reluctancia corporal, salió con su rollo de candela hacia ese espacio. Su figura se recortó sobre el acebo en pleno perfil. En ese preciso instante la voz se apagó, como era su costumbre, y pareció echarse al suelo ante la puerta. Simson retrocedió violentamente, como si alguien hubiera chocado con él, y luego se volvió y bajó la candela, como examinando algo.

—¿Ve usted a alguien? —exclamé en un susurro, sintiendo que el escalofrío del pánico nervioso me invadía ante ese gesto.

—No es más que un maldito... arbusto de enebro —dijo. Yo sabía muy bien que aquello era un disparate, pues el arbusto de enebro estaba al otro lado. Después de esto fue dando vueltas alrededor, metiendo la candela por todas partes, y luego volvió a mi lado dentro del muro. Ya no se burlaba; tenía la cara contraída y pálida.

—¿Cuánto dura esto? —me susurró, como un hombre que no quiere interrumpir a alguien que está hablando.

Yo mismo me había vuelto demasiado turbado para notar si la sucesión y los cambios de la voz eran los mismos que la noche anterior. Se apagó súbitamente en el aire, casi mientras él hablaba, con un sollozo reiterado y suave que se fue extinguiendo. Si hubiera habido algo visible, habría dicho que la persona se estaba encogiendo en el suelo, muy cerca de la puerta.

Volvimos a casa en silencio. Solo cuando la casa estaba a la vista dije: «¿Qué piensa de ello?»

—No sé qué pensar —respondió con rapidez.

Tomó —aunque era un hombre muy sobrio— no el clarete que iba a ofrecerle, sino un poco de brandy de la bandeja, y se lo bebió casi puro.

—Téngalo en cuenta, que yo no lo creo ni una palabra —dijo, cuando hubo encendido su vela—; pero no sé qué pensar —se volvió para añadir, cuando ya iba a medias de la escalera.

Todo esto, sin embargo, no me servía de nada para resolver mi problema. Tenía que ayudar a esa cosa que lloraba y gemía, que ya era para mí una personalidad tan definida como cualquier otra que conociera; o ¿qué le diría a Roland? Tenía la certeza en el pecho de que mi hijo moriría si no encontraba algún modo de ayudar a aquella criatura. Tal vez les sorprenda que hable de ella así. No sabía si era hombre o mujer; pero no dudaba más de que era un alma en pena que de mi propio ser; y mi deber era calmar esa pena, liberarla, si eso era posible. ¿Le fue encomendada alguna vez semejante tarea a un padre angustiado que temblaba por su único hijo? Sentía en el corazón, por fantástico que pudiera parecer, que tenía que cumplir aquello de algún modo, o perder a mi hijo; y pueden imaginar que antes que eso estaba dispuesto a morir. Pero ni siquiera mi muerte habría sido de utilidad, a no ser que me llevara al mismo mundo que aquel buscador de la puerta.

A la mañana siguiente Simson salió antes del desayuno y volvió con evidentes señales del pasto húmedo en las botas y un aspecto de preocupación y cansancio que no auguraba nada bueno respecto a la noche que había pasado. Mejoró un poco después del desayuno y visitó a sus dos pacientes —pues Bagley seguía convaleciente—. Salí con él camino de la estación para escuchar lo que tenía que decir del muchacho. «Va muy bien», dijo; «de momento no hay complicaciones. Pero oiga, Mortimer, no es un muchacho con el que se deba jugar. Ni una palabra de lo de anoche.» Tuve entonces que contarle mi última conversación con Roland, y la exigencia imposible que me había hecho, lo cual, aunque intentó reírse, le desconcertó mucho, como pude ver. «No nos queda más remedio que perjurarnos todos a una», dijo, «y jurar que lo exorcizó usted»; pero el hombre era demasiado bondadoso para contentarse con eso. «Es un asunto de una seriedad aterrador para usted, Mortimer. No puedo reírme como quisiera. Ojalá viera una salida, por su bien. A propósito», añadió brevemente, «¿no se fijó usted en el arbusto de enebro del lado izquierdo?» «Había uno a la derecha de la puerta. Noté que cometió usted ese error anoche.» «¡Error!», exclamó con una curiosa risa apagada, subiéndose el cuello del abrigo como si sintiera frío. «No hay ningún enebro esta mañana, ni a la izquierda ni a la derecha. Vaya a verlo.» Al subir al tren unos minutos después, se volvió hacia mí y

me hizo señas de acercarse para una última palabra: «Esta noche vuelvo», dijo.

No creo que aquello me produjera ningún sentimiento especial mientras me alejaba de aquel bullicio ordinario de la estación, que hacía que mis preocupaciones privadas se sintieran tan curiosamente fuera de lugar. Antes había tenido en la mente una satisfacción clara de que su escepticismo hubiera sido tan enteramente derrotado. Pero la parte más seria del asunto me pesaba ahora. Fui directamente de la estación a la casa parroquial, que se alzaba en una pequeña meseta a la orilla del río, frente a los bosques de Brentwood. El señor cura era uno de esa clase que ya no es tan común en Escocia como antes solía serlo. Era un hombre de buena familia, bien educado a la manera escocesa, sólido en filosofía, no tan sólido en griego, y más sólido de todo en experiencia; un hombre que había «encontrado», en el transcurso de su vida, a la mayoría de las personas notables que habían estado en Escocia, y del que se decía que era muy sólido en doctrina, sin vulnerar la tolerancia de que suelen gozar los hombres viejos que son buenos. Era anticuado; quizás no pensaba tanto en los problemas perturbadores de la teología como muchos de los jóvenes, ni se hacía preguntas difíciles sobre la Confesión de Fe; pero entendía la naturaleza humana, lo cual es quizás mejor. Me recibió con cordial bienvenida.

—Pase, coronel Mortimer —dijo—; me alegro más de verle porque lo tomo como buen signo para el muchacho. ¿Va bien? Alabado sea Dios, y el Señor le bendiga y guarde. Tiene las oraciones de muchos pobres, y eso no le puede hacer ningún daño.

—Las necesitaré todas, Dr. Moncrieff —dije—, y su consejo también.

Y le conté la historia, más de lo que le había contado a Simson. El anciano clérigo me escuchó con muchas exclamaciones contenidas, y al final se le humedecieron los ojos.

—Es hermosísimo —dijo—. No recuerdo haber oído nada semejante; es tan bello como Burns cuando deseaba la salvación para uno que no figura en ningún libro de la iglesia. ¡Que te consueles ese pobre espíritu perdido! ¡Dios bendiga al muchacho! Hay algo más que ordinario en eso, coronel Mortimer. Y también la fe en su padre, ¡me gustaría meterla en un sermón!

Luego el anciano me lanzó una mirada alarmada y dijo: «No, no; no iba a hablar de un sermón; pero tengo que apuntarlo para el "Registro de los Niños"». Vi el pensamiento que le cruzó la mente. O él pensaba, o temía que yo pensara, en un sermón fúnebre. Como pueden imaginar, aquello no me puso de mejor humor.

Difícilmente podría decir que el Dr. Moncrieff me diera ningún consejo concreto. ¿Cómo podría aconsejar nadie sobre tal asunto? Pero dijo: «Creo que vendré yo también. Soy un hombre viejo; soy menos propenso a asustarme que los que están más lejos del mundo invisible. Me conviene pensar en mi propio viaje hacia allá. No tengo creencias fijas y categóricas sobre el asunto. Vendré; y quizás en el momento el Señor pondrá en nuestras cabezas lo que hay que hacer.»

Aquello me consoló un poco, más que lo que Simson me había consolado. No era tanto la claridad sobre la causa lo que me importaba. Había otra cosa en mi mente: mi hijo. En cuanto a la pobre alma ante la puerta abierta, no dudaba de su existencia, como he dicho, más que de la mía propia. No era ningún fantasma para mí. Conocía a la criatura, y estaba en apuros. Eso era lo que yo sentía al respecto, como lo sentía Roland. Oírla por primera vez fue un gran shock para mis nervios, pero ya no; un hombre se acostumbra a cualquier cosa. Pero hacer algo por ella era el gran problema: ¿cómo podía yo ser útil a un ser que era invisible, que ya no era mortal? «Quizás en el momento el Señor pondrá en nuestras cabezas lo que hay que hacer.» Esta es una expresión muy anticuada, y una semana antes, lo más probable es que me hubiera sonreído —siempre con amabilidad— ante la credulidad del Dr. Moncrieff; pero había un gran consuelo, racional o no, no sabría decirlo, en el simple sonido de las palabras.

El camino a la estación y al pueblo pasaba por el barranco, no por las ruinas; pero aunque el sol y el aire fresco y la belleza de los árboles y el sonido del agua eran muy reconfortantes para el espíritu, mi mente estaba tan llena de mi propio asunto que no pude resistir la tentación de torcer a la derecha al llegar a lo alto del barranco y encaminarme directamente al lugar que bien podría llamar el escenario de todos mis pensamientos. Estaba bañado de plena luz solar, como el resto del mundo. El hastial en ruinas miraba exactamente al este, y en el ángulo actual del sol la luz se derramaba por el vano de la puerta como había hecho nuestra linterna, arrojando un chorro de luz sobre el pasto húmedo de más allá. Había una extraña sug-

estión en la puerta abierta: tan inútil, una especie de emblema de vanidad; todo libre alrededor, de modo que podías ir adonde quisieras, y sin embargo aquella apariencia de recinto, aquel modo de entrar innecesario, que no conducía a nada. Y por qué alguna criatura habría de rogar y llorar para entrar —en nada—, o ser excluida —por nada—, no podías detenerte a pensarlo sin que se te fuera la cabeza. Recordé, no obstante, lo que Simson había dicho del enebro, con una pequeña sonrisa interior ante la inexactitud del recuerdo de que incluso un hombre de ciencia puede ser culpable. Podía ver ahora la luz de mi linterna brillando sobre la superficie húmeda y reluciente de las espinosas hojas a la derecha —y él dispuesto a jugarse la vida en que era a la izquierda—. Di la vuelta para asegurarme. Y entonces vi lo que él había dicho. ¡A la derecha y a la izquierda no había ningún enebro! Me desconcertó esto, aunque era enteramente un asunto de detalle, ninguna importancia en absoluto: un arbusto de zarzas que se agitaba, la hierba que crecía hasta las mismas paredes. Pero aunque me produjo por un momento una sacudida, ¿qué importaba eso? Había marcas como de numerosas pisadas arriba y abajo ante la puerta, pero podían ser las nuestras; y todo estaba luminoso, tranquilo y quieto. Estuve rebuscando por las otras ruinas — las ruinas más grandes de la vieja casa— durante algún tiempo, como había hecho antes. Había marcas en la hierba aquí y allá —no me atrevería a llamarlas huellas— por todas partes; pero eso no probaba nada en un sentido ni en otro. Había examinado detenidamente las salas en ruinas el primer día. Estaban medio rellenas de tierra y escombros, helechos secos y zarzas, sin refugio para nadie. Me irritó que Jarvis me viera venir de aquel lugar cuando subió a buscar sus órdenes. No sé si mis expediciones nocturnas habían llegado a oídos de los criados, pero había una mirada significativa en su cara. Algo en ella me pareció semejante a mi propia sensación cuando Simson, en medio de su escepticismo, quedó mudo. Jarvis se sentía satisfecho de que su veracidad hubiera quedado fuera de toda duda. Nunca antes había hablado así a ningún criado mío. Le despedí «con una pulga en la oreja», como el hombre lo describió después. Cualquier interferencia era intolerable para mí en tal momento.

Pero lo más extraño de todo era que no podía enfrentarme a Roland. No subí a su cuarto, como habría hecho de manera natural, enseguida. Las niñas no lo comprendían. Veían que había algún misterio en ello. «Mamá se ha ido a descansar», dijo Agatha; «ha pasado una noche muy buena.» «¡Pero si te necesita tanto, papá!» exclamó la pequeña Jeanie, siempre

abrazándome con sus dos brazos de aquella manera peculiarmente suya. Al final me vi obligado a ir, pero ¿qué podía decir? Solo podía besarle y decirle que se estuviera tranquilo, que estaba haciendo todo lo que podía. Hay algo místico en la paciencia de los niños. «Saldrá todo bien, ¿verdad, padre?», me dijo. «¡Dios lo quiera! Eso espero, Roland.» «Oh, sí, saldrá todo bien.» Quizás comprendió que en medio de mi angustia no podía quedarme con él como lo habría hecho en otras circunstancias. Pero las niñas se quedaron más sorprendidas de lo que es posible describir. Me miraban con ojos de asombro. «Si yo estuviera enferma, papá, y tú te quedases conmigo solo un momento, se me partiría el corazón», dijo Agatha. Pero el muchacho tenía un sentimiento de comprensión. Sabía que contra mi voluntad no lo habría hecho. Me encerré en la biblioteca, donde no podía reposar, sino que paseaba de arriba a abajo como una fiera enjaulada. ¿Qué podía hacer? Y si no podía hacer nada, ¿qué sería de mi hijo? Estas eran las preguntas que, sin cesar, se perseguían mutuamente en mi mente.

Simson vino a cenar, y cuando la casa estaba tranquila y la mayoría de los criados en la cama, salimos y nos encontramos con el Dr. Moncrieff, según habíamos convenido, en lo alto del barranco. Simson, por su parte, estaba dispuesto a burlarse del doctor. «Si va a haber conjuros, saben que lo dejo todo», dijo. No le di ninguna respuesta. Yo no le había invitado; podía ir o quedarse a su gusto. Era muy locuaz, mucho más de lo que mi humor requería, mientras avanzábamos. «Una cosa es cierta», dijo; «tiene que haber algún agente humano. Todo eso de las apariciones son tonterías. Nunca he estudiado a fondo las leyes del sonido, y hay mucho sobre el ventriloquismo que no conocemos bien.» «Si le es igual», dije, «le ruego que guarde todo eso para usted mismo, Simson. No conviene a mi estado de ánimo.» «Oh, espero saber respetar las idiosincrasias», dijo. El mismo tono de su voz me irritaba de manera extraordinaria. Esa clase de científicos, me pregunto cómo la gente los aguanta, cuando uno no tiene ánimos para su helada confianza. El Dr. Moncrieff nos salió al encuentro alrededor de las once, a la misma hora que la noche anterior. Era un hombre corpulento, de semblante venerable y cabello blanco, viejo pero en pleno vigor, y al que una caminata nocturna en el frío le preocupaba menos que a muchos jóvenes. Llevaba su linterna, como yo. Íbamos bien provistos de medios para iluminar el lugar, y todos éramos hombres resueltos. Tuvimos una rápida consulta mientras subíamos, y el resultado fue que nos dividimos en distintos puestos. El Dr. Moncrieff se quedó dentro del muro — si se puede lla-

mar dentro donde no había más que un muro — . Simson se colocó en el lado que daba a las ruinas, para interceptar cualquier comunicación con la vieja casa, que era donde tenía fija la mente. Yo me aposté en el otro lado. Era evidente por sí solo que nada podía acercarse sin ser visto. Así había sido también la noche anterior. Ahora, con nuestras tres luces en medio de la oscuridad, todo el lugar parecía iluminado. La linterna del Dr. Moncrieff, que era grande, sin ningún medio de cerrarse — una linterna antigua con la parte superior calada y ornamentada — brillaba fijamente, con los rayos proyectándose hacia arriba en la penumbra. La colocó en el pasto donde habría estado el centro de la habitación, de haber sido aquello una habitación. El efecto habitual de la luz que salía por el vano de la puerta quedaba anulado por la iluminación que Simson y yo aportábamos desde los lados. Con estas diferencias, todo parecía igual que la noche anterior.

Y lo que ocurrió fue exactamente lo mismo, con el mismo aire de repetición, punto por punto, que yo había observado antes. Declaro que me pareció como si la dueña de la voz me empujara, me apartara de su lado, al pasar de un lado a otro en su angustia; aunque estas son palabras del todo vacuas, dado que la corriente de luz de mi linterna y la de la candela de Simson se extendían anchas y claras, sin sombra, sin la más mínima interrupción, a lo ancho de toda la extensión del pasto. Yo había dejado de sentir alarma, por mi parte. El corazón me dolía de pena y de congoja: pena por aquella pobre criatura humana sufriente que gemía y suplicaba así, y congoja por mí mismo y por mi hijo. ¡Dios mío! Si no podía encontrar ninguna ayuda — ¿y qué ayuda podía encontrar? — , Roland moriría.

Estuvimos todos perfectamente quietos hasta que se agotó el primer acceso, como yo sabía por experiencia que ocurriría. El Dr. Moncrieff, para quien era nuevo, estaba completamente inmóvil al otro lado del muro, como nosotros en nuestros puestos. Mi corazón había vuelto casi a sus latidos normales durante la voz. Ya me había acostumbrado a ella; no me agitaba todos los pulsos como al principio. Pero justo cuando se arrojó sollozando ante la puerta — no tengo otras palabras para decirlo — , de repente vino algo que me hizo correr la sangre por las venas y se me subió el corazón a la boca. Era una voz dentro del muro, la bien conocida voz del señor cura. Habría estado preparado para cualquier clase de conjuro de su parte, pero no estaba preparado para lo que oí. Salió con una especie de tartamudeo, como si la

emoción fuera demasiado grande para articular palabras. «¡Willie, Willie! ¡Dios nos preserve! ¿Eres tú?»

Estas palabras sencillas tuvieron sobre mí un efecto que la voz de la criatura invisible había dejado de tener. Pensé que el anciano a quien yo había traído a ese peligro se había vuelto loco de terror. Me lancé a la carrera hacia el otro lado del muro, yo mismo a medio volver loco ante aquella idea. Estaba de pie donde le había dejado, su sombra vaga y grande proyectada sobre el pasto por la linterna que estaba a sus pies. Levanté la mía para ver su cara mientras me precipitaba hacia él. Estaba muy pálido, los ojos húmedos y brillantes, los labios temblorosos y entreabiertos. No me veía ni me oía. Los que habíamos pasado ya por aquella experiencia nos habíamos acercado unos a otros para sacar algo de fuerza para soportarla. Pero él ni siquiera era consciente de que yo estuviera allí. Todo su ser parecía absorbido por la ansiedad y la ternura. Extendió las manos, que temblaban; pero me pareció que era de ardor, no de miedo. Siguió hablando sin parar: «Willie, si eres tú —y eres tú, si no es ilusión del demonio—, Willie, muchacho, ¿por qué vienes aquí asustando a los que no te conocen? ¿Por qué no viniste a verme a mí?»

Parecía esperar una respuesta. Cuando su voz calló, su semblante, con cada rasgo en movimiento, siguió hablando. Simson me dio otro sobresalto terrible, deslizándose en el vano de la puerta con su luz, tan sobrecogido de asombro, tan locamente curioso como yo. Pero el señor cura reanudó la palabra sin ver a Simson, hablando con alguien. Su voz tomó un tono de exhortación:

—¿Es esto lo correcto, venir aquí? Tu madre se fue con tu nombre en los labios. ¿Crees que ella cerraría su puerta a su propio hijo? ¿Crees que el Señor cerrará la puerta, criatura sin fe? ¡No! ¡Te lo prohíbo! ¡Te lo prohíbo! —exclamó el anciano. La voz sollozante había empezado a reanudar sus gritos. Dio un paso adelante, pronunciando las últimas palabras con voz de mando—: ¡Te lo prohíbo! No llores más a los hombres. ¡Vuelve a casa, espíritu errante, vuelve a casa! ¿Me oyes? ¿Me oyes a mí, que te bauticé, que he luchado contigo, que he combatido con el Señor por ti?

Aquí los sonoros tonos de su voz se ablandaron hasta la ternura.

—¡Y a ella también, pobre mujer, pobre mujer! A la que estás llamando. Ella no está aquí. La encontrarás en el Señor. Ve allá y búscala, no aquí.

¿Me oyes, muchacho? Ve a reunirte con ella allá. Él te dejará entrar, aunque sea tarde. ¡Ánimo, hombre! Si quieres echarte a llorar y lamentarte, que sea ante la puerta del cielo, y no ante la ruinosa puerta de tu pobre madre.

Se detuvo para tomar aliento; y la voz había cesado, no como antes, cuando se agotaba su tiempo y se habían repetido todas sus frases, sino con un sollozo entrecortado como si la hubieran acallado. Entonces el señor cura habló de nuevo: «¿Me oyes, Will? Oh, muchacho, has estado apegado a los miserables elementos del mundo todos tus días. Termina ya con ellos ahora. Vuelve al Padre, ¡al Padre! ¿Me estás oyendo?»

Aquí el anciano se dejó caer de rodillas, la cara levantada, las manos alzadas con un temblor en ellas, todo blanco a la luz en medio de la oscuridad. Resistí cuanto pude, aunque no sé por qué; luego yo también caí de rodillas. Simson, todo ese tiempo, estaba en el vano de la puerta, con una expresión en la cara que las palabras no podrían describir, el labio inferior caído, los ojos salvajes y abiertos de par en par. Me pareció que era a él, aquella imagen de ignorancia y asombro en blanco, a quien rezábamos. Todo ese tiempo la voz, con un sollozo bajo y contenido, se hallaba, según yo creía, justo donde él estaba de pie.

— Señor — dijo el señor cura —, Señor, acógele en Tus moradas eternas. La madre a quien llama está contigo. ¿Quién puede abrirle sino Tú? Señor, ¿cuándo es demasiado tarde para Ti, o qué es demasiado difícil para Ti? Señor, ¡que esa mujer le llame hacia dentro! ¡Que le llame hacia dentro!

Me lancé hacia adelante para sostener en mis brazos a algo que se arrojaba con ímpetu hacia el vano de la puerta. La ilusión era tan poderosa que no me detuve hasta que sentí que mi frente chocaba contra el muro y mis manos asían el suelo — pues no había nadie allí a quien salvar de la caída, como en mi locura yo creía —. Simson me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Temblaba y estaba frío, el labio inferior colgante, el habla casi inarticulada. «Se ha ido», dijo, tartamudeando: «¡se ha ido!» Nos apoyamos el uno en el otro un momento, temblando tanto los dos que toda la escena parecía temblar como si fuera a disolverse y desaparecer; y sin embargo, mientras viva, nunca lo olvidaré: el brillo de aquellas luces extrañas, la negrura en torno, la figura arrodillada con toda la blancura de la luz concentrada en su blanca cabeza venerable y sus manos alzadas. Una quietud solemne y singular pareció cerrarse en torno a nosotros. A intervalos, una

sílaba sola, «¡Señor!, ¡Señor!», brotaba de los labios del anciano señor cura. No nos veía ni pensaba en nosotros. No sé cuánto tiempo estuvimos de pie como centinelas que le guardaban en sus oraciones, sosteniendo nuestras luces de un modo confuso y aturdido, sin saber lo que hacíamos. Pero al fin se levantó de sus rodillas, y poniéndose en toda su altura, alzó los brazos, como es la costumbre escocesa al final de un servicio religioso, y solemnemente pronunció la bendición apostólica —¿sobre quién? Sobre la tierra silenciosa, los bosques oscuros, la vasta atmósfera respirante; pues nosotros éramos solo espectadores que jadeábamos un Amén.

Me pareció que debía de ser media noche cuando volvíamos todos. En realidad era muy tarde. El Dr. Moncrieff tomó mi brazo. Caminaba despacio, con aire de agotamiento. Era como si volviéramos de un lecho de muerte. Algo callado y solemne envolvía incluso el propio aire. Había esa sensación de alivio que siempre acompaña al fin de una lucha con la muerte. Y la naturaleza, persistente, nunca abatida, regresó a todos nosotros conforme volvíamos a los caminos de la vida. No nos dijimos nada el uno al otro, en efecto, durante un tiempo; pero cuando salimos de entre los árboles y llegamos a la abertura cerca de la casa, donde podíamos ver el cielo, el propio Dr. Moncrieff fue el primero en hablar. «Debo irme», dijo; «es ya muy tarde, me temo. Bajaré por el barranco, como vine.»

—Pero no solo. Voy con usted, doctor.

—Bueno, no me opondré. Soy un hombre viejo, y la agitación cansa más que el trabajo. Sí; le agradecería su compañía. Esta noche, coronel, me ha hecho más de un favor.

Le apretó el brazo, sin poder hablar. Pero Simson, que se volvió con nosotros y que había caminado todo ese tiempo con su candela encendida en completo ensimismamiento, volvió en sí, al parecer, al oír el sonido de nuestras voces, y apagó aquella pequeña antorcha enloquecida con un rápido movimiento, como de vergüenza. «Déjeme llevar su linterna», dijo; «pesa.» Recobró el ánimo con un resorte; y en un instante, de espectador sobrecogido que había sido, volvió a ser él mismo, escéptico y cínico. «Me gustaría hacerle una pregunta», dijo. «¿Cree usted en el Purgatorio, doctor? No está en los principios de la Iglesia, que yo sepa.»

—Señor —dijo el Dr. Moncrieff—, un hombre viejo como yo a veces no está muy seguro de lo que cree. Solo hay una cosa de la que estoy cierto: la

amorosa bondad de Dios.

—Pero yo creía que eso era en esta vida. No soy teólogo...

—Señor —dijo el anciano de nuevo, con un temblor que yo podía sentir recorriéndole todo el cuerpo—, si viera a un amigo mío ante las puertas del infierno, no desespera de que su Padre le tomara todavía de la mano si lloraba como usted.

—Reconozco que es muy extraño, muy extraño. No logro entenderlo. Que tiene que haber algún agente humano, lo tengo claro. Doctor, ¿qué le llevó a decidir el nombre y la persona?

El señor cura extendió la mano con la impaciencia que podría mostrar un hombre al preguntarle cómo reconoció a su hermano. «¡Vamos!», dijo en tono familiar; luego, con más solemnidad: «¿Cómo no iba a reconocer a una persona que conozco mejor —mucho mejor— de lo que le conozco a usted?»

—¿Entonces vio usted al hombre?

El Dr. Moncrieff no respondió. Movi6 la mano de nuevo con un pequeño gesto impaciente y sigui6 andando, apoyándose pesadamente en mi brazo. Y así caminamos un largo rato sin decir otra palabra, bordeando los oscuros senderos que eran empinados y resbaladizos por la humedad del invierno. El aire estaba muy quieto: apenas lo suficiente como para producir un tenue susurro entre las ramas, que se mezclaba con el sonido del agua hacia la que descendíamos. Cuando volvimos a hablar, fue de cosas indiferentes: del caudal del río y de las lluvias recientes. Nos despedimos del señor cura en su propia puerta, donde su vieja ama de llaves apareció con gran consternación, esperándole. «¡Ay, ay, señor cura, el joven señorito estará peor!», exclamó.

—En absoluto: mejor. ¡Dios le bendiga! —dijo el Dr. Moncrieff.

Creo que si Simson hubiera vuelto a empezar con sus preguntas mientras regresábamos por el barranco, le habría despeñado por las rocas; pero se mantuvo callado, por buen juicio. Y el cielo estaba más despejado que en muchas noches, brillando alto sobre los árboles, con aquí y allá una estrella que centelleaba débilmente a través de la maraña de ramas oscuras y desnudas. El aire, como he dicho, era muy suave en ellas, con una cadencia apagada y serena. Era real, como todo sonido natural, y nos llegó como un

silencio de paz y alivio. Me pareció oír en él algo como el aliento de un ser que duerme, y me pareció claro que Roland debía de estar durmiendo, tranquilo y en calma. Subimos a su cuarto cuando entramos. Allí encontramos la quietud absoluta del descanso. Mi esposa levantó la vista de una cabezada y me dedicó una sonrisa: «Creo que está mucho mejor; pero habéis llegado muy tarde», dijo en un susurro, resguardando la luz con la mano para que el doctor pudiera ver a su paciente. El muchacho había recuperado algo de su propio color. Se despertó mientras estábamos todos rodeando su cama. Sus ojos tenían la expresión alegre y medio adormilada de la infancia, contentos de cerrarse de nuevo, pero encantados con la interrupción y el destello de la luz. Me incliné sobre él y le besé la frente, que estaba húmeda y fresca.

— Todo está bien, Roland — dije.

Me miró con una expresión de placer, tomó mi mano y apoyó la mejilla en ella, y así se durmió.

Durante varias noches después, vigilé entre las ruinas, pasando todas las horas oscuras hasta medianoche patrullando en torno al trozo de muro que estaba asociado con tantas emociones; pero no oí nada, y no vi nada más allá del tranquilo discurrir de la naturaleza; ni, que yo sepa, se ha vuelto a oír nada. El Dr. Moncrieff me contó la historia del muchacho, a quien nunca vaciló en nombrar. No pregunté, como hizo Simson, cómo le reconoció. Había sido un pródigo: débil, necio, fácilmente engañado y «arrastrado por el mal camino», como suele decirse. Todo lo que habíamos oído había ocurrido realmente en vida, dijo el doctor. El joven había vuelto a casa así uno o dos días después de morir su madre — que no era más que el ama de llaves de la vieja casa —, y deshecho por la noticia, se había arrojado ante la puerta y había llamado a gritos a su madre para que le dejara entrar. Al anciano apenas le salían las palabras de la emoción. A mí me pareció como si — ¡Dios nos ayude, qué poco sabemos de nada! — una escena como aquella pudiera quedar impresa de algún modo en el oculto corazón de la naturaleza. No pretendo saber cómo, pero la repetición me había llamado la atención en su momento como algo, en su terrible extrañeza e incomprendibilidad, casi mecánico: como si el actor invisible no pudiera sobrepasar ni variar nada, sino que estuviera condenado a representar el todo de nuevo.

Una cosa que me llamó mucho la atención, sin embargo, fue la semejanza entre el anciano señor cura y mi hijo en el modo de enfocar aquellos extraños fenómenos. El Dr. Moncrieff no estaba aterrorizado, como lo habíamos estado yo mismo y todos los demás. No era un «fantasma», como me temo que todos lo consideramos vulgarmente: era una pobre criatura a quien él conocía en aquellas condiciones, igual que le había conocido en vida, sin dudar de su identidad. Y para Roland era lo mismo. Aquel espíritu en pena —si espíritu era—, aquella voz de lo invisible, era un pobre semejante en desgracia a quien socorrer y sacar de su angustia, para mi hijo. Habló conmigo con toda franqueza sobre ello cuando se repuso. «Yo sabía que padre lo arreglaría de algún modo», dijo. Y eso lo dijo cuando estaba fuerte y sano, y había pasado felizmente todo peligro de que se volviera histérico o visionario.

Debo añadir un hecho curioso, que no me parece que guarde ninguna relación con lo anterior, pero del que Simson sacó gran partido como el agente humano que estaba resuelto a encontrar de alguna manera. Habíamos examinado las ruinas muy de cerca en la época de estos sucesos; pero después, cuando todo había terminado, mientras las recorríamos al azar una tarde de domingo en el ocio de ese día sin ocupaciones, Simson con su bastón penetró en una ventana antigua que había quedado enteramente tapada por la tierra caída. Saltó dentro con gran entusiasmo y me llamó para que le siguiera. Allí encontramos un agujero —pues era más un agujero que una habitación—, enteramente oculto bajo la hiedra y los escombros, en el que había cierta cantidad de paja apilada en un rincón, como si alguien hubiera hecho allí su cama, y algunos restos de mendrugos por el suelo. Alguien había dormido allí, y no hacía mucho, como él averiguó; y de que aquel desconocido era el autor de todos los misteriosos sonidos que habíamos oído está convencido. «Ya les dije que había un agente humano», dijo triunfante. Olvida, supongo, cómo estuvimos él y yo con nuestras luces, sin ver nada, mientras el espacio entre nosotros era atravesado de manera audible por algo que podía hablar, y sollozar, y sufrir. Con hombres de esta clase no hay argumento. Está dispuesto a echarme en cara aquello como broma en cuanto se le presente la ocasión. «Yo mismo estaba desconcertado, no podía enten-

derlo; pero siempre estuve convencido de que había un agente humano en el fondo. Y aquí está, y un tipo listo debía de ser», dice el doctor.

Bagley dejó mi servicio en cuanto se repuso. Me aseguró que no era falta de respeto, pero que no podía aguantar «esa clase de cosas»; y el hombre estaba tan sacudido y lívido que me alegré de darle un dinero y dejarle ir. Por mi parte, me propuse quedarme hasta el final del tiempo —dos años— por el que había tomado Brentwood; pero no lo renové. Para entonces ya nos habíamos establecido y habíamos encontrado para nosotros un hogar propio y agradable.

Debo añadir que cuando el doctor me desafia, siempre consigo devolver la gravedad a su semblante y hacer una pausa en sus burlas cuando le recuerdo el arbusto de enebro. Para mí ese era un asunto de poca importancia. Podía creer que me había equivocado. No me importaba de un modo ni de otro; pero en su mente el efecto era distinto. La voz miserable, el espíritu en pena, podía tomarlo como resultado del ventriloquismo, o de la reverberación, o de lo que se le antojara: una extensa broma prolongada, ejecutada de algún modo por el vagabundo que había encontrado alojamiento en la vieja torre; pero el arbusto de enebro le dejaba perplejo. Las cosas tienen efectos tan distintos sobre las mentes de diferentes hombres.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB